

LA EVOLUCION NORMAL DE LA PERSONALIDAD

por LUIS JAIME SANCHEZ

La evolución normal de la personalidad. — Reacciones psíquicas primitivas. — Ambiente y persona. — Las grandes crisis normales de la evolución personal. — El concepto de desarrollo mental. — La decadencia psíquica.

Es apenas natural que, antes de iniciar el estudio de las deformaciones del intelecto, de la conducta y del carácter del ser humano, procuremos dar una ojeada —así sea general— al gran panorama biológico y psíquico del desarrollo normal del individuo. Este panorama, es de una vasta importancia, comoquiera que de su estudio, han de desprenderse conclusiones fundamentales para la buena inteligencia del disturbio psiquiátrico.

1—Las nociones y conocimientos que tenemos acerca del mundo, sus gentes y sus cosas, como personas civilizadas, adultas y pertenecientes a un conglomerado social, no nos han sido presentadas en forma repentina, sino que han sido objeto de largo proceso evolutivo de conocimiento y de experiencia. Nuestros órganos de los sentidos, nuestra sensibilidad interna (cenestesia), nuestra emoción, nuestra afectividad y nuestra íntima vida vegetativa, han servido de sustento a ese extenso e intenso proceso de nuestro desarrollo mental, en virtud del cual nos encontramos en condiciones de normalidad frente a nuestro ambiente. Empero, para llegar a esa *normalidad* psíquica, las etapas que hemos debido de dejar atrás, han sido arduas, tanto más cuanto que

ellas se han desenvuelto —en su aspecto adquisitivo— en la infancia y en la niñez.

El interés psicológico que ha despertado el problema de la evolución mental del individuo, no ha permanecido en el recinto de los psicólogos especializados, sino que —desgraciadamente— ha salido al ambiente de la filosofía en donde se ha impregnado de sus diversas tendencias y corrientes. El simple y escueto hecho, en apariencia baladí, de que el individuo no nace perfecto sino perfectible y de que no nace apto, sino inepto, ha sido convertido por muchos autores, en un problema de sociología general en virtud del cual el desenvolvimiento paulatino y el lento despertar del pensamiento lógico individual, no hace sino copiar aquella etapa histórica de la humanidad en que, sumida en indescifrable y arcano primitivismo, tomaba impulso para una tardía evolución secular. A la psiquiatría (por lo menos a la psiquiatría clínica) no le interesa la consideración psicoevolutiva de las sociedades, pueblos y naciones. Pero como es costumbre entre algunos teorizantes, especialmente influídos por la escuela de *Jung*, que existe entre el individuo y la sociedad o las sociedades un paralelismo de evolución ontogénica, es necesario explicar este asunto, así sea someramente.

En una de sus disertaciones dogmáticas, escribió W. Stern la siguiente aseveración: “. . . El individuo humano, en los primeros meses de la vida, cuando es niño de pecho, cuando preponderan en él los sentidos inferiores, la vida sorda de impulsos y reflejos, se halla en el estado del mamífero; en la segunda mitad del año, con la actividad del coger y del omnímodo imitar, alcanza el estado de los mamíferos superiores, los monos; en el segundo año, mediante la adquisición del paso erguido y del lenguaje, llega a la humanización propiamente tal. En los próximos cinco años, años de juegos y de cuentos, hállase en la fase de los pueblos en estado de naturaleza. En seguida viene el ingreso en la escuela, la rígida incorporación a un todo social, con deberes sociales, la ruda distinción entre el trabajo y el ocio: éste es el paralelo ontogénico de la entrada del hombre a la cultura, con sus organizaciones políticas y económicas. . . .”

Hemos transcrito esta larga cita, para poner de manifiesto que, la opinión extremista de Stern debe ser considerada desde un punto de vista crítico. Pues, si es verdad que el individuo evoluciona como tal, y además como persona humana, no es menos

cierto que la humanidad que es un conglomerado de individuos y de personas humanas, evolucione como la célula primitiva. Stern, no descubrió nada con su célebre paralelismo entre individuo y cultura, pero le cabe el mérito de haber introducido la duda en el terreno de la sociología clásica.

Para no prolongarnos demasiado, concluyamos, en este aspecto particular, con la síntesis que al problema le da Koffka: "... Podemos distinguir tres teorías de los hechos referidos:

1ª La teoría de la *Recapitulación*: La evolución del individuo, es una copia abreviada, más o menos desfigurada, de la evolución de su especie.

2ª La teoría de la *Utilidad*: La evolución del individuo, no debe ser considerada como repetición de la evolución de la especie; pero son las mismas causas las que determinan una y otra. Toda evolución procede de la actuación de dos principios: variación casual y selección de lo idóneo.

3ª La teoría de la *Coincidencia*: Ontogenesis y filogenesis son procesos estrechamente afines".

Consideramos inoperante, para los fines de este libro, hacer otras anotaciones a este problema evolutivo-cultural del individuo, sobre el que, aún los autores están lejos de ponerse de acuerdo.

LA LLAMADA PSICOLOGIA PRE-NATAL

El feto humano muestra determinadas reacciones que permiten suponer un cierto grado de evolucionada vitalidad interna o cenestésica. Esto ha dado pie para que, algunos autores, entre ellos el cirujano polaco Wojciechowsky (Cit. *Mira*), hayan pretendido ver en ello, una supuesta "psicología fetal". Este cirujano, se sorprendió, en el curso de una operación cesárea, de que el feto que fue extraído de dos meses, se pudiese a mover sus miembros en forma espontánea, por un período de tiempo más o menos prolongado. El fenómeno, considerado desde un punto estrictamente biológico, no tiene la importancia que posteriores investigadores, como Forbes, han querido darle; pues, es evidente que, todo organismo vivo, reacciona en forma adecuada al estímulo ambiental en la forma que está adscrita a su devenir. La observación de Wojciechowsky, fue seguida por otra de Forbes, el cual pretendió descubrir una "audición" en el feto, por

el hecho de que uno a término, dentro del vientre materno, se moviera con motivo de un ruido relativamente intenso. Estos datos no pueden impresionar sino a investigadores prevenidos; pero se nos hace aventurado, por la consideración somera de estos sucesos, el hablar de una verdadera "psicología fetal". El término es rebuscado e inútil, ya que fuera mejor denominar esas reacciones, sencillamente "reflejas", sin complicar demasiado, porque no vale la pena, su íntimo contenido.

El profesor Mira y López, en su *Psicología del Niño*, da demasiado valor a estos acontecimientos fetales, y propone para ellos la denominación neológica de "Deflejos". "... Deflejo, escribe Mira, es una serie de reflejos coordinada de tal modo que una vez puesto en marcha su primer término, se suceden todos los demás en forma constante y adecuada para la obtención de un resultado funcional determinado". (Mira). "... Vulgarmente, prosigue Mira, los movimientos deflejos, se denominan *Instintivos*".

El hecho de que el feto posea las características de todo ser viviente evolucionado, de *reacción al estímulo* y de *fuera instintiva*, en virtud de los cuales todos los mecanismos rudimentarios de la psicología, y los complejos de la bioquímica, se mezclan y entrelazan en forma indisoluble, no permite dividir la actividad del pre-nato en forma tan artificiosa como lo hace Mira. Denominar "Deflejo" a una serie de actividades concatenadas, finalistas y constantes, y que "vulgarmente" se denominan "instintos", no conduce a nada, como no sea a crear un nuevo término dentro del inmenso galimatías psicológico a que ha sido sometida la torturada lingüística psicológica de nuestros días. Es cierto que las reacciones fetales llaman la atención por constituir una serie ordenada de actividades hacia un determinado estímulo, pero esas actividades están profundamente incrustadas en los rudimentos psicobiológicos de la vida mental y es imposible aislarlos unos de otros, especialmente en el feto. Por otra parte, el hecho de que en el tercer mes de vida uterina, se haya comprobado la existencia de movimientos de expansión y de retracción torácicas; que en el cuarto mes sea posible poner en evidencia las reacciones de la sensibilidad protopática y las manifestaciones de los reflejos de postura; que en el sexto mes de vegetación uterina se vean ya algunas de las características peculiares de las situaciones psíquicas rudimentarias de defensa; todos

estos hechos, comprobados por múltiples experimentadores, no prueban sino que existe una evolución funcional que va de lo incompleto a lo completo, de lo puramente reflejo a lo manifiestamente discriminativo y que “evolucionabilidad” del organismo humano permite colocarlo dentro de un ambiente que deberá asimilar poco a poco hasta que logre entenderlo.

Por estas razones, la *Psicología Fetal* del profesor Mira, carece de la importancia que el ilustre publicista hispano ha querido darle. No es posible, como él lo espera, dar al feto, “una educación prenatal”, diferente a la higiénica que deberá seguir la madre y que es patrimonio de la dietética y de la medicina social.

LA VIDA PSICOBIOLOGICA DE LA INFANCIA

Cuando Claparede, se preguntaba: “Para qué sirve la infancia?”, muchos de los vastos problemas de la evolución psíquica infantil fueron implícitamente planteados. En efecto, en ese período trascendental de la vida humana están comprendidos todos los rudimentarios mecanismos de recepción y de expresión psíquicos, cuyo ulterior desenvolvimiento estará condicionado por un armónico desarrollo de relaciones entre el sistema nervioso central y las fuerzas latentes del individuo en formación. No deja de ser llamativo el que, cuanto más alto se halle en la serie animal un ser vivo, tanto más desamparado está en su nacimiento y tanto más dura el período de su infancia.

¿A qué corresponde, pues, este largo trecho y cuáles son sus funciones? Domina el panorama psicobiológico de la vida infantil el progresivo perfeccionamiento de los mecanismos destinados a la comprensión del mundo exterior. Estos mecanismos, son de dos órdenes: neurológicos y psíquicos, separados únicamente por una necesidad didáctica, ya que en realidad sus funciones guardan la más íntima conexión.

LOS MECANISMOS NEUROLOGICOS

El cerebro del neonato es imperfecto anatómicamente. Quince días después del parto presenta partes muy imperfectamente desarrolladas. Las formaciones mielínicas no han llegado a su madurez, y en lo que hace a las bases anatómicas de la vida sensorial, solamente, al decir de Gaupp, los centros gustatorio, olfativo y táctil están en condiciones de dar un rendimiento acep-

table. Las zonas corticales que más tarde serán el substrato de las complejas relaciones neuropsíquicas, carecen en este período de mielina. “Al nacer, escribe Koffka, el encéfalo está sin duda acabado macroscópicamente, pero todavía no se halla diferenciada del todo su estructura microscópica. Esto es: la mayoría de las fibras nerviosas no posee aún vaina divisoria al momento del nacimiento; todavía no son, por lo tanto, funcionalmente hábiles. El proceso del desarrollo de las fibras, continúa durante los primeros meses del nacimiento: primero, rodéanse de vaina las fibras que van de la corteza hacia atrás —de cuya función depende el movimiento voluntario de los miembros—; luego también las hebras que enlazan entre sí los distintos territorios de la corteza. En encéfalo reciente del niño al nacer, está, pues, en estado inconcluso, y sobre la base del conocimiento que hemos adquirido, podemos poner ahora este hecho con el desamparo del hombre al venir al mundo. El hombre en efecto, depende de la función del encéfalo reciente, mucho más que los animales. El peso del cerebro crece al principio muy rápidamente, habiéndose ya duplicado a los nueve meses y triplicado antes de transcurrido el tercer año, disminuyendo luego la velocidad del crecimiento y el peso pleno es alcanzado hacia la mitad del tercer decenio. El aumento de peso marcha paralelo a la evolución de la conducta. El peso es una medida grosera de la altura de la evolución; su crecimiento rápido, se relaciona sin duda alguna, con el primer desarrollo de los movimientos corporales; pero también las otras funciones realizan al principio una rápida evolución. Un hermoso paralelo entre la evolución del órgano y el de la función se manifiesta en el cerebelo, órgano que cuida ante todo de la regulación del equilibrio corporal. Ya el hecho de que no todas las partes del encéfalo evolucionen con igual ritmo, sino que partes diversas tengan épocas diversas de crecimiento rápido, concuerdan con una afirmación que hemos hecho antes sobre la evolución espiritual. El cerebelo crece muy despacio en los cinco primeros meses; luego, de súbito, crece con rapidez, sobre todo en la primera mitad del primero y en la segunda mitad del segundo año de vida y está ya casi desarrollado al final del cuarto año. El tiempo en que adquiere su mayor aumento, a la vuelta del primer año, es a la vez la época en que el niño aprende a sentarse y a andar, operaciones que exigen una enérgica regulación del equilibrio” (Koffka).

Es pues protuberante el hecho de que la motricidad ocupa un plano privilegiado en las manifestaciones vitales neurológicas de la primera infancia. Los diversos autores que se han ocupado del asunto se han dedicado al estudio y a la detallada descripción de estos movimientos, cuya observación da cuenta de la complejidad psicobiológica de las primeras etapas de la vida. Para su descripción los dividiremos en: 1º Movimientos dependientes de un estímulo externo y sometido a ciertas características constantes (movimientos reflejos), y 2º Movimientos independientes de excitación exterior y que se desarrollan dentro de una manifiesta espontaneidad (movimientos impulsivos de Preyer).

Movimientos reflejos:

Distingue a la actividad refleja, la concurrencia de seis elementos indispensables para su caracterización, a saber (Koffka): 1º Tanto el estímulo como la reacción, son relativamente simples; 2º Transcurren con extraordinaria semejanza, esto es, la reacción se verifica siempre del mismo modo con relación al estímulo que toca siempre un mismo lugar; 3º Una variación del estímulo en una dirección determinada, por ejemplo, intensificación gradual, no causa una variación continua de la reacción en la misma intensidad; 4º Estos movimientos, como reacciones que son, pertenecen a la disposición hereditaria del individuo, no necesitan ser aprendidos; 5º Las reacciones son extremadamente útiles para el organismo ya que consisten en movimientos generales de adaptación, protección, etc.; 6º La reacción puede ser aumentada, pero también obstaculizada cuando, además del estímulo desencadenante, otro estímulo puede actuar en un sitio distinto.

En el neonato, existen ya estos mecanismos en virtud de los cuales prodúcese la reacción adecuada al estímulo. Así, en los ojos, el reflejo pupilar existe, bilateral, desde un principio; el consensual es asimismo, positivo. El cierre de los párpados se observa con la aproximación de un fuerte foco luminoso, mas no así con la aproximación de un objeto cualquiera, no luminoso. En la esfera de la audición falta en un comienzo la reacción al ruido, pero desde el tercero o cuarto mes (Guillaume) se nota en el recién nacido una disposición para orientar los movimientos de cabeza, en el sentido de la fuente del sonido. Los reflejos de la tos y el estornudo existen desde el primer día. El signo

de Babinski es positivo en las primeras semanas, siendo prontamente reemplazado por la reacción normal de flexión plantar. Todos estos reflejos, con excepción del de Babinski, no son peculiares a esta edad de la vida; empero hay uno que puede ser considerado como típico de la primera infancia: el llamado reflejo prensor del recién nacido (clingin reaction de los norteamericanos). Consiste él en que excitada la palma de la mano con un objeto cualquiera, ésta se cierra fuertemente sobre él, con tal vigor que el niño puede ser fácilmente levantado (experiencias de Robinson) en el aire sin otro punto de apoyo.

En lo que respecta a la sensibilidad del recién nacido y aunque ella no suscite reacciones reflejas típicas, se sabe que en el dominio sensorial, el sentido táctil muestra una mayor diferenciación ante los estímulos; sin embargo, la sensibilidad infantil deja ver algunas diferencias con la del adulto: según Preyer, las mucosas nasal y labial son hipersensibles, y el tronco, el antebrazo y la pierna, hiposensibles. La sensibilidad al dolor sería subnormal, con relación al adulto. “Sin embargo, escribe Koffka, nuestros conocimientos en esta materia, son superficiales todavía”.

El sentido del gusto está altamente diferenciado desde los primeros días. Las sustancias desagradables son rechazadas de plano, y la preferencia por el dulce se acentúa cada vez más. Igual cosa cabe decir para el sentido del olfato.

Los movimientos impulsivos:

Así como los movimientos típicamente reflejos tienen sus peculiaridades, someramente vistas en líneas anteriores, los impulsivos se distinguen (Koffka) por: 1º No estar coordinados con estímulos exteriores ni con situaciones definidas, y 2º Están aparentemente exentos de fin y término, en el sentido de que no alcanzan inmediatamente ningún fin cognoscible. Pertenecen a esta categoría todos aquellos movimientos desordenados y heterogéneos del neonato, de piernas y brazos, de muecas y gestos sin conexión con el ambiente ni directamente provocados por él. Con todo, como apuntan Stern y Thordnike, la denominación de “movimientos inútiles”, no concuerda con la realidad biológica del recién nacido, ya que ellos mismos favorecen oscura pero seguramente, el desarrollo de posturas, de movimientos que más tarde no podrían llevarse a cabo sin este previo ejercicio.

Los dos grandes grupos de movimientos que dejamos descritos, están estrictamente limitados, en su aspecto objetivo y de simple observación, a la esfera motora. No vemos en ellos —salvo quizás un poco en los movimientos impulsivos— ninguna motivación psicológica, ni en su contenido, ni en su producción ni en su desarrollo. En cambio, no sucede lo mismo, con una tercera categoría de movimientos, de mecanismo más complejo y en los cuales sí vemos una tendencia precisa y definida a colocarse dentro de las reacciones psíquicas elementales. Se trata de los movimientos instintivos. Denominados así a causa de su estrechísima relación con la vida elemental de los instintos, estos movimientos se manifiestan como impulsos espontáneos del sujeto, ordenados en un determinado sentido y tendientes a lograr un fin preciso dentro del mundo de apetitos y deseos, difusos y aún mal organizados del recién nacido. Pero dentro de esa deficiente organización motora del neonato, los movimientos impulsivos aparecen dotados de una cohesión muy llamativa; y esa misma cohesión y concatenación ha hecho que se considere como el prototipo de los movimientos impulsivos, al acto de mamar. Koffka, uno de los autores que más se han destacado en el campo de las investigaciones psicológicas, considera que el acto de mamar es acaso el más distinguido por las características de la dinámica instintiva, y al efecto, le adscribe las siguientes notas individuales:

a) El movimiento depende del estímulo, de tal suerte que se adapta a éste, no sólo en cuanto que el resultado de la reacción es adecuado, sino en cuanto que los movimientos se ajustan inmediatamente a la forma propia del objeto estimulante;

b) Algunos cambios en el estímulo pueden producir reacciones opuestas (succión o repulsión del pezón, etc.);

c) La actuación del estímulo no es prescindiendo de la fatiga, la condición suficiente para que la reacción aparezca.

Estos distintivos de los movimientos regidos por las oscuras leyes del instinto, y que en los seres humanos toman la forma antedicha, en el caso concreto del acto de mamar, representan, dentro de la especie animal, una manera de orientarse biológicamente los organismos hacia la conservación de la propia vida. Con sobrada razón, escribe Koffka, hablando de los movimientos instintivos en diversas razas animales, que "...lo típico de estos movimientos, es que un ser vivo, *sin ninguna experiencia*, sabe

ejecutar acciones necesarias extremadamente útiles a su propia vida o a la conservación de la especie, acciones que no son nada simples sino complicadas en extremo y que sobrepasan a los estímulos en riqueza”.

DINAMICA GENERAL DEL DESENVOLVIMIENTO PSIQUICO

Los procesos de movimiento, que en sus líneas más interesantes hemos delineado atrás, no resumen, ni con mucho la complejidad del despertar psíquico del ser humano. Es fácil advertir, que todos los movimientos, los impulsivos, los instintivos y los puramente reflejos, están en realidad íntimamente conexos y que existe una poderosa fuerza subyacente a ellos, que los ordena y les da valor en el pasado, el presente y el futuro. Esa fuerza enormemente potente, se ha llamado *instinto*, en general.

Pero la profunda comprensión del fenómeno, es aún oscura. El interpretar, por ejemplo, los movimientos instintivos como la sucesión ininterrumpida de una cadena de reflejos, según la conocida hipótesis de Thordnike, complica demasiado el asunto, pues, ignórase a la postre qué papel le corresponde a la actividad refleja en la aparición de los actos de inteligencia, y qué papel a ésta en la ordenación de aquéllos. Las teorías de Pawlow, de las que nos ocuparemos posteriormente, son asimismo insuficientes para aclarar en su totalidad el problema y no me ocuparé de aquellas ingenuas hipótesis que pretenden hacer de la “conciencia” o de la “inteligencia”, un producto casi secretorio de la actividad cerebral.

Sucede sin embargo que, a medida que el niño crece, *aumentan las probabilidades de evolución y perfeccionamiento de las experiencias psíquicas*. Y esa evolución de las experiencias psíquicas, se hace unitaria, conjunta y solidariamente. La esfera instintiva no evoluciona más que la motora, ni ésta que la sensorial, sino que todas concurren armoniosamente a la configuración progresiva del mundo psicológico. La fuerza ordenadora, no es propiamente el instinto ni los reflejos, sino el *impulso vital inherente al sujeto que logra reunir las fuerzas instintivas, las reflejas, las sensoriales, las perceptivas, etc., en el cauce evolutivo*. Ese *impulso vital* es privativo de las especies, y en el caso de la especie humana, orienta todas las fuerzas de la persona hacia la prospección de sí misma.

El menospreciar esta noción *impulsiva* de la persona conduce a frecuentes desorientaciones, y una de las más frecuentes consiste en creer que la *aparición* de la *conciencia* o de la *inteligencia* es privativa de determinada etapa del desarrollo ontogénico. Los fenómenos intelectuales, no aparecen de pronto, como una llamada, en el individuo, sino que son la síntesis de múltiples mecanismos cuyo origen y evolución están inscritos en el fondo de las relaciones del ambiente y la persona. No es éste el lugar de discutir la extensa cosa de la aparición de la inteligencia y de sus relaciones con el instinto, asunto que nos llevaría a lejanas y remotas consideraciones. Ya Bergson, luminosamente, expuso el resumen concluyente de su pensamiento, en esta histórica polémica: "... Si consideramos en el instinto y en la inteligencia lo que encierran de conocimiento innato, encontramos que este conocimiento está dirigido por el instinto, hacia las cosas y por la inteligencia, hacia las relaciones". "... Hay cosas, concluye el eximio pensador, que sólo la inteligencia es capaz de investigar, pero que por sí misma no encontrará jamás. Estas cosas, el instinto las encontraría, pero no las buscará nunca" (Bergson, *L'évolution créatrice*).

Admitida, pues, la inextricable e indisoluble relación del instinto con la inteligencia y de ésta con sus substratums motores y sensoriales, la fuerza impulsiva que determina la ordenación de las fuerzas que estructuran la individualidad humana, adquieren una forma de evolución que les es característica. Y en la descripción de la forma como evoluciona el ser humano, casi todos los investigadores están acordes, en admitir que la dinámica del desarrollo se efectúa según un *esquema de tiempo*, peculiar al hombre y que se presenta conforme a las siguientes peculiaridades:

La *primera infancia* comprende el período evolutivo enmarcado por los tres primeros años de la vida. Distínguense en ella (Barnes), tres etapas: la primera, hasta el sexto u octavo mes caracterizada por los intereses *perceptivos*; la segunda, del sexto mes a los dos años, caracterizada por los intereses motores, y la tercera, de los dos a los tres años, caracterizada por los intereses glósicos. Las etapas más interesantes del desarrollo, son las comprendidas entre el nacimiento y el segundo año de vida, y han sido objeto de un estudio muy completo por parte de varios in-

vestigadores, especialmente de Sigismund (1). Los intereses perceptivos han sido magistralmente estudiados por Werner (2).

En lo que concierne a los intereses motores, que comprenden los de la conducta elemental, los del actuar complejo y los del comportamiento, su desarrollo está íntimamente ligado al de las demás esferas de la personalidad. Al final del capítulo podrán consultarse las escalas de Simón (hasta dos años de edad) y la de Gesell (hasta el tercer año) que resumen la exploración de los intereses motores y los otros en evolución.

La formación paulatina de los intereses *glósicos* o del lenguaje, generalmente asignado a la etapa del tercer año de edad,

(1) Domingo Barnes resume así los trabajos de Sigismund: "El autor rehuye siempre la división cronológica y la fijación de fechas concretas para la determinación de las épocas infantiles, prefiriendo limitarse a señalar las manifestaciones típicas, en la forma siguiente: **Primer período:** La vida del niño hasta los tres meses. El "trimestre tonto del niño": entre un grupo de fenómenos y movimientos numerosos, destaca el maravilloso mecanismo para mamar y la preparación de otro mecanismo complementario de la dentición. **Segundo período:** desde la primera sonrisa hasta que el niño aprende a sentarse (de los tres a los seis meses). **Tercer período:** comprende desde los seis meses de edad hasta que comienza a andar. Período de "emancipación infantil". Comienza el aprendizaje para alcanzar los objetos. **Cuarto período:** comprende el espacio comprendido desde que aparecen los primeros pasos hasta que pronuncia las primeras palabras. **Quinto período:** desde la pronunciación de la primera palabra hasta la formación de la primera frase (desde el segundo trimestre del segundo año hasta el final aproximadamente de éste).

(2) El mundo complejísimo de la percepción infantil y su especial desarrollo han sido objeto de innumerables investigaciones, entre las cuales me parecen las más importantes las de Werner. "...Es posible admitir, escribe el autor citado, una estructura psicológica compleja, no sólo en la edad infantil, sino en el recién nacido; el mundo perceptivo del infante, aparece mucho más determinado que el del adulto, por los modos de reacción afectiva y motriz psicofísica que por los signos o características de los objetos. Por consiguiente, estimo que es falso el criterio según el cual, las percepciones de los niños, son objetivas como las de los adultos y creo en la posibilidad de admitir en principio, otra estructura de ellas, basada en la combinación de las características afectivas y afectivomotrices. Solamente así puede comprenderse cómo un trozo de paja puede ser tomado por una muñeca, etc. La vivencia que aquí se da sólo en rarísimos casos debe ser interpretada como si tales cosas se constituyesen esencialmente bajo la pauta que rige para la objetivación del mundo fenoménico de los adultos. Antes por el contrario, hay que admitir otros mecanismos. La conducta afectiva global del niño, no se limita a **completar** los signos de que carece el objeto para permitir su real identificación normal, sino que produce de antemano, un "objeto de acción" que es vivido por su significación afectiva. El carácter de acción del mundo objetivo infantil, esencialmente dinámico, se precisará al analizar sus formas de reacción y su concepto de la realidad. Señalamos el hecho general, de que la consideración del objeto en la primera infancia, depende esencialmente de la medida en que con él se pueda funcionar. Desde el momento en que las cosas participan en el proceso dinámico, afectivomotor, que determina su concepción como realidades psíquicas, es evidente que han de aparecer de un modo distinto a como aparecen ante nosotros; en efecto, no son concebidas de un modo efectivo y corpóreo, sino en virtud de una **expresión interna:** se perciben de un modo **fisiognómico.** Y esta consideración expresiva o fisiognómica de las cosas, es debida a la esencial **participación de la actividad general dinámica y emocional en la estructuración de los objetos.** Y en otro capítulo de su obra, analiza Werner finamente el carácter general del mundo infantil: "...La realidad, es en primer lugar, toda efectividad penetrante; realidad es lo cercano y asequible; por ello el mundo infantil se caracteriza por conexión íntima entre el sujeto y el objeto; el mundo infantil es **pragmático** y está cercano. El mundo infantil, es mundo de acción y de conducta en el que todo está fundado sobre el aspecto de la **manuabilidad** y de la **no manuabilidad.** Según Katz, el niño frente a un objeto, pregunta si lo puede o no coger. Así distingue antetodo, dos grupos de objetos: en los unos, se goza de ellos, en los otros no. El mundo infantil es un mundo cercano, tanto más cercano cuanto menos edad tiene el niño y tanto menos cercano, cuanto más edad tiene. El carácter fisiognómico del mundo **es una prueba de su cercanía.**" (Heinz Werner). He querido transcribir estos apartes, a causa de su gran penetración analítica en el complejo mundo de la percepción infantil. Lejos de ser ésta sencilla, concreta y aislada de las demás, como las que se suceden en el adulto, se trata de una enorme imbricación de elementos, subjetivos los unos, objetivos los otros, pero todos a cual más de indiferenciados, difusos y cambiantes. Los intereses perceptivos de la infancia, son así mismo intereses afectivos, motores y emocionales.

es de un gran interés. En el tercer año, en efecto, el niño ya es capaz de elaborar significados verbales y de relacionarlos con los objetos. Pero con anterioridad a esta fase de su desarrollo, el progreso de la función lingüística ya estaba instaurado. El interés del lactante por el medio ambiente, el eco interior de los sucesos que se desenvuelven ante sus sentidos, la progresiva y segura adquisición de experiencias y la noción básica de lo *desagradable* y de lo *agradable* paulatinamente proyectada en las nociones de lo *feo* y de lo *bonito*, han hecho que los movimientos de expresión verbal, a la vez que tienen su origen en la afectividad y en los instintos y en las rudimentarias emociones *se acondicionen poco a poco a objetos y a deseos concretos*. La aparición de la interjección en el niño (acontecimiento del ¡Ah! de K. Buhler) denota ya una tendencia a manifestar los deseos en función del ambiente que le rodea. La interjección ya tiene desde entonces un sentido social y el fenómeno elemental del grito con que el lactante traduce sus vibraciones cenestésicas, se sale ya del propio organismo para adquirir significado típicamente humano.

El paso de la interjección y del grito hacia la emisión de sílabas claras no se hace esperar. El niño complácese en la propia audición de sus sonidos y siente placer en la repetición de ellos en forma de *laleo* (ta-ta-ta-la-la-lal). “Según Shirley, escribe Emilio Mira, se pueden distinguir las siguientes fases en la formación del lenguaje infantil: a) gruñidos o balbuceos vocales de carácter reflejo; b) vocalizaciones silábicas o *juegos vocales*; c) vocalización socializada con balbuceo hacia una persona y gritos para captar su atención; d) sonidos e inflexiones expresivas; e) palabras comprensibles; f) uso de pronombres; g) uso de frases y preposiciones”. Otros autores (1) dan similares etapas.

El tránsito de los fonemas simples hacia la palabra y la organización del discurso se completa hacia el tercer año de edad. En esta etapa el niño tiene de la palabra un concepto francamente utilitarista y pragmático. En virtud de ella, se ve obedecido, o contrariado y por su sola enunciación encuentra un *eco social*,

(1) Rand, Sweeney y Vincent (cita de Mira) distinguen en su evolución los siguientes estados: a) balbuceo; b) ecolalia (el niño trata de imitar los sonidos que oye); c) egofasia (el niño se habla a sí mismo); d) nominofasia (el niño colecciona nombres); e) estado interrogador (por qué?, qué?, para qué?). Por su parte, Trainard (cita de Barnes) al hablar del desenvolvimiento glótico del niño, describe las siguientes etapas (primer año): 1^ª Sonidos vocales accidentales como respuesta a las sensaciones corporales (incluyendo las auditivas y las visuales); 2^ª Asociaciones de los sonidos oídos (incluyendo la propia voz) con los objetos y con los movimientos; 3^ª Asociaciones de los propios sonidos con las sensaciones quinestésicas y otros sonidos; 4^ª Tentativas para dominar otros sonidos con los propios sonidos vocales; 5^ª Respuesta definida a ciertos objetos y movimientos; 6^ª Respuestas vocales apropiadas a las palabras de los demás.

que antaño no hallaba. La palabra poco a poco va saliendo del reino afectivo y de las zonas del instinto para convertirse en un medio de comunicación exterior, esencia misma del lenguaje. Asimismo, lentamente la palabra se va independizando de la emoción que primitivamente la acompañaba en la expresión de todos los deseos y a medida que el niño ve que con ella sola logra sus propósitos, los fenómenos emocionales van aminorándose y profundizándose cada vez más hasta que el verbo se libera y emancipa en la altura de la conciencia. La configuración ideoverbal del discurso contiene de los tres a los cinco años de edad, algunos rasgos distintivos, que, al decir de Guillaume, son: "1º Que el niño comprende nuestras frases, como una serie de predicados de la realidad concreta, simplemente yuxtapuestos; 2º Que habla mediante palabras-frases que tienen una conexión directa con los aspectos de la situación, pero entre las cuales no se puede buscar todavía el lazo gramatical; 3º En principio, el orden de los términos, refleja el movimiento mismo del pensamiento, va del aspecto interesante y esencial, a los aspectos secundarios".

Cuando aparece la frase, el niño ya se ha hecho comprender con sus palabras aisladas. La frase aparece así, como un *artículo de lujo* dentro del marco de las necesidades y de los apetitos infantiles; asimismo, cuando aparece la frase, la inteligencia ya ha hecho posible que por la sola palabra, especialmente por el sustantivo, la atención de los demás recaiga sobre los apetitos y deseos del niño. A éste, pues, le tiene sin cuidado la frase como hecho lógico y gramatical, y sólo adquiere un conocimiento cabal de ella, cuando su uso continuo le permite advertir el significado social, rítmico y artístico de su estructura. Pero es evidente que, mucho antes de que el verbo, el adverbio, el adjetivo, etc., concurren a la confección consciente de la frase y del discurso, la mente infantil sobreentiende tácitamente sus mecanismos y que, como lo apuntan muchos autores, la simple palabra es ya una frase en pequeño, con la potencia implícita de su destino social y humano. Por otra parte, existe un elemento que el niño no desconoce y que, en el lenguaje adulto, juega un papel muy importante: el ritmo. El conjunto de melodías fonéticas, están destinadas a allegar una amplia resonancia en la esfera de las emociones, sentimientos y afectos complejos, resonancia que el niño advierte ya

en la esfera de su movilidad personal (1). No es pues lo más importante del sistema glósico, el que esté formado por frases y que éstas estén hilvanadas por la lógica de los juicios en la armazón del discurso, sino más bien su proyección en las zonas de las necesidades personales que son asimismo las necesidades sociales. Charles Bailly ha dedicado un excelente análisis a estas relaciones entre inteligencia y lenguaje (2). De la aparición de la primera palabra a la aparición de la primera frase, existe un tiempo relativamente corto, y sin embargo, el sistema psicológico de la *palabra aislada* es diferente al sistema de la *primera frase*. Al paso que la palabra contiene una pluralidad de sentido y que en el lenguaje infantil *la palabra designa una situación compleja* como ya lo hemos visto atrás, en la frase interviene ya una necesidad de analizar el pensamiento y el someterlo a las cribas del autoanálisis y de la autocrítica. El niño que musita su palabra, desea o rechaza; el que hace una frase, pide en vez de desear y desprecia en vez de rechazar. "La frase, escribió profundamente Delacroix, no es una sucesión de palabras que designan una sucesión de ideas, una por una. Ella significa el análisis verbal de un pensamiento, es decir, de una representación compleja. La posibilidad de pensar y de hablar en frases, está ligada al juicio y a la unidad a la vez sintética y analítica del pensamiento. La frase es la descomposición de un conjunto mental en sus elementos verbales; ella es un todo, a la vez sucesivo y simultáneo: una intención la domina y una impulsión única la regula".

(1) Lhermitte, fundado en los trabajos neobergsonianos de Jousse, ha señalado la relación muy estrecha entre el lenguaje y los movimientos corporales. Esta relación, no hace relación solamente a la mímica y a la gesticulación, sino a los complejos mecanismos del ritmo verbal. "Según Jousse, escribe Lhermitte, la necesidad de equilibrio motor, aparece tan desarrollado en el hombre, que debe traducirse en el lenguaje gestual y más luego en el lenguaje bucolaringeo u oral y hasta en la escritura que, en su origen, no es sino un lenguaje oral fijo. Los hechos han demostrado a Jousse que a cada gesto de proposición sucede otro gesto, bajo una forma que puede ser idéntica, analógica o antitética. Se observa de la suerte, un verdadero balanceo cuyo equilibrio está formado por gestos cuya asociación construye verdaderas unidades o agrupaciones musculares rítmicas para los cuales Jousse propone la denominación de esquemas rítmicos manuales... En realidad, estos balanceos, estos esquemas rítmicos que forman el esqueleto de nuestro lenguaje oral y la estructura interna de la frase escrita así como en encanto de la poesía y de la oratoria, son para Jousse expresiones mnemónicas, es decir, que de suyo, son elementos muy favorables para el proceso del recuerdo".

(2) "La inteligencia ordenadora, escribe Charles Bailly, que encontramos como base de toda comprensión, no se queda encerrada en los marcos estrechos de la razón pues no se manifiesta forzosamente por juicios explícitos y razonamientos enhebrados como las perlas de un collar. La inteligencia que está al servicio de la vida, envuelve y excede a nuestra lógica geométrica. La inteligencia vital juega con la lógica sin esclavizarsele. El lenguaje lo demuestra mejor que nada. Involuntariamente se piensa en la intuición bergsoniana y el lenguaje, en sus relaciones con la vida, parece dar razón a Bergson, cuando dice que «la vida desborda a la inteligencia por todas partes». En todo caso parece que la inteligencia que anima al lenguaje es de la misma naturaleza que la que ordena los fenómenos de la vida, sobre todo porque digiere esencialmente de la razón lógica. El lenguaje, no se comprende sino en función del pensamiento, tan y como la vida lo forma. Y se puede representar este pensamiento como un organismo cuya osamenta o esqueleto estuviera formada por la inteligencia lógica".

La aparición del lenguaje en todo su vigor expresivo, es lo característico de la primera infancia. Vemos así en ella una de las más fundamentales piedras del edificio individual; piedra que no ha de ser desprendida del conjunto arquitectónico, pues, como lo apuntó Delacroix: "Todas nuestras operaciones mentales, todos nuestros actos, se reducen a la construcción de conjuntos organizados y diferenciados. El ejercicio simultáneo de la síntesis y del análisis, la descomposición sucesiva de la apercepción simultánea y sintética, la construcción sucesiva de procesos complejos e íntimos, hé ahí la ley de toda acción inteligente que es la ley de la conciencia misma en cuanto constituya su propio campo de experiencia, percibiendo los conjuntos, ordenando los detalles en ellos contenidos".

Aparecido el lenguaje, después de larga y laboriosa gestación, el ser humano llega a las fronteras de la *segunda infancia* (3 a 7 años). En posesión de los medios suficientes de expresión y dueño de un completo desarrollo de las actividades motoras, el contacto con el medio ambiente deja de ser superficial y se convierte en penetración profunda. El lenguaje le permite ser ágil en esa labor de penetración en el mundo de las gentes y de las cosas y merced a él se le facilitan las espontáneas manifestaciones de *interés concreto* por cuanto le rodea. El mundo de los *grandes*, del *cuando yo crezca*, aún está lejano, separado por la valla infranqueable de la *realidad* que el niño va a tratar de acomodar a su mentalidad, a sus apetitos y a sus deseos, por medio de los mecanismos del *juego*. La aparición de este modo de conducirse *autónomamente* y de tratar de buscar normas de *sujeción* de las cosas y de *dominio*, es de una grande importancia. "El juego, escribe Barnes, es el mundo moral en el que se desenvuelve la actividad del niño como actividad autónoma que crea sus leyes con la voluntad de cumplirlas, con la misma seriedad y trascendencia con que se desenvuelve la voluntad del adulto en el mundo moral que crea y transforma cotidianamente afirmando su personalidad".

Paralelamente a la aparición de la primera actividad autónoma del juego, en que la actividad imaginativa, mnésica y concreta se unen manifiestamente para dar resultados útiles, sobre los que varios autores se han ocupado in extenso (1), (2), (3), se

(1) El problema de la actividad lúdica (juego) ha sido objeto de interesantes trabajos, como que en ella se considera, implícitamente, una enorme veta pedagógica. Entre los investigadores más importantes de la materia destácase Buy-

observa en el niño una gran capacidad de observación, una, así mismo, gran capacidad descriptiva. La actividad de la segunda

tendijk. En razón de la originalidad y la inteligencia de las opiniones de este psicólogo, me permito hacer una síntesis de su obra **El Juego y su Significado**, transcribiendo los más elocuentes apartes: "El desarrollo, el progreso de la vida, consiste precisamente en la formación de nuevas comunidades de vida, en su diferenciación y configuración. Lo mismo ocurre con el desarrollo individual. La formación de nuevas comunidades tiene lugar merced a procesos funcionales circulares en los que se aman la percepción y la actuación. Así viven el hombre y el animal su medio ambiente. Este vivir primario se halla libre de todo pensar y también, de todo ser del enfrentamiento de las cosas con las que el sujeto se halla unido en su proceso funcional circular. Se habla de un vínculo inmediato, de una comunicación pre-comprensiva, que se establece entre el organismo y los fenómenos. Sólo éstos se nos presentan. Las impresiones nos excitan, es decir, que los órganos de los sentidos no nos ofrecen en primer lugar la presencia de un mundo de cosas y fenómenos, sino la vivencia de ser captado y de captar. Según Strauss, el momento gnóstico (de conocimiento) en la percepción, se refiere al qué del fenómeno, y el pático, al cómo.... De esta suerte se hallan unidos en el niño y el animal inexpérimentado, a todas las imágenes perceptibles. La actitud pática de lo juvenil constituye la expresión general de una serie de propiedades que no sólo pertenecen al niño y a los animales, sino que también conocemos nosotros y podemos experimentarlas de modo inmediato como dinámica juvenil. Por ejemplo, la sensibilidad para los movimientos, para las luces brillantes, claras, chispeantes, parpadeantes, para el juego de colores, para las dimensiones espaciales como grande, pequeño, ancho y estrecho, lejano y próximo; para cualidades táctiles como rugoso y liso, blando y duro; caliente y frío, etc., es decir, para todos los cómo en el contorno, para las impresiones que nos impresionan y nos hacen vivir una forma de movimientos.... Este predominio de lo pático, condiciona también otras muchas características de lo juvenil. Así, la distraibilidad, la sugestionabilidad, la afición a la danza, el acompañamiento e imitación de movimientos de objetos muertos o vivos, derivan de este modo especial que distingue a la vivencia de la percepción infantil.... Los caracteres negativos de la actitud pática, lo no gnóstico, el no estar orientado hacia las cosas, hacia algo, nos ofrece los caracteres de irrealidad, de ingenuidad primitiva que la psicología infantil recuerda constantemente y que son inmediatamente perceptibles en el cuadro de lo juvenil.... Finalmente, la dinámica juvenil, muestra en su contacto con el ambiente que le rodea, otro carácter intuitivo que según creo, es completamente originario: la timidez. Sobre todo en los niños, y en los animales superiores jóvenes. Lo juvenil es tímido. Todas estas características llevan al niño, inevitablemente, a la esfera del juego. Buytendijk concede mucha importancia al papel de los impulsos en la actividad lúdica. Oigámoslo: "Como es sabido, en los juegos de los animales y de los niños encontramos una notable propensión a la destrucción. Esta tendencia se da con el impulso de unión. Todo deseo provocado por la atracción de un objeto, no sólo conduce a la anulación de la propia existencia, sino que también lleva consigo la tendencia a anular la existencia del objeto.... Como lo ha demostrado repetidamente Freud —sobre todo en psicopatología—, es en la esfera sexual donde especialmente se da de manera expresa esta relación del impulso de unión y el de destrucción.... El niño destruye su juguete, porque en él actúan ambos impulsos.... Jugar no consiste solamente en jugar con algo, sino en que algo juegue con el jugador.... Los animales juegan, pero sólo el hombre es deportista.... Hay todavía una razón más profunda para que el niño prefiera el ámbito del juego: es la esfera de lo posible, de lo no totalmente real. Y se decide por ésta, porque lo real —casi me atrevería a decir, lo realmente real— alberga en sí algo terrible. Produce miedo, por el sólo hecho de enfrentarse a nosotros, de no estar con nosotros, de ser un objeto independiente, intacto, indiferente a nosotros. Este estar frente a nosotros como lo otro, es vivido en la esfera de lo vital, como lo extraño, lo que impone miedo. Lo fenomenal, lo objetivo, es lo que no puede ser sentido por dentro, lo que se resiste a jugar con nosotros, lo desconocido, por tanto".

(2) Según Lombardo Rice, no existiría una distinción fundamental entre lo que el adulto considera como **trabajo**, dedicado a la persecución de un fin exterior, y la actividad lúdica. Esta opinión se diferencia entrañablemente de la anterior de Buytendijk.

(3) Por su parte, el sociólogo J. Huizinga, en su libro **Homo Ludens**, intenta demostrar que el juego es un factor determinante de cultura: "Cuanto más nos empeñamos, escribe, en perfilar la forma lúdica de la vida con respecto a otras, en apariencia emparentadas con ella, más se pone de relieve su profunda independencia; el juego está fuera de toda sensatez, pero fuera también del contraste verdad-falsedad, bondad-maldad. Aunque el jugar es actividad espiritual, no es por sí una función moral ni se dan en él, virtud o pecado. Si por lo tanto no podemos hacer coincidir el juego con lo verdadero, ni tampoco con lo bueno, caerá acaso en el dominio estético? La cualidad de ser bello, no es inherente al juego como tal, pero éste propende a hacerse acompañar de toda clase de elementos de belleza. Ya en las formas más primitivas de juego se engarzan la alegría y la gracia. La belleza del cuerpo humano en movimiento, encuentra su expresión más bella en el juego. En sus formas más desarrolladas, éste se halla impregnado de ritmo y de armonía, que son los dones más nobles de la percepción estética con que el hombre está agraciado. Múltiples y estrechos vínculos enlazan al juego con la belleza...."

infancia está reducida, pues, a la esfera lúdica (de juego) y al lado de ella, se desarrolla un pequeño mundo de intereses, apetitos y deseos que la psicología de Alfredo Adler considera —con mucha razón— como una de las bases de las futuras relaciones sociales. El niño que no juega, es a no dudarlo, un niño anormal, a no ser que sus actividades en otro sentido (lecturas prematuras, etc.), formen un propio mundo de juego, análogo en sus raíces al de los demás párvulos. En esta edad, el niño *imita*. La imitación, está en los orígenes mismos de la actividad lúdica, pero sus proyecciones tienden a una satisfacción personal mucho más intensa que la que supone el simple juego. La imitación infantil, en veces prodigiosamente acondicionada para el mimetismo y el *camouflage* de los gestos, es una manera de *comprender el futuro*, y también una manera de analizarlo *sin peligros y sin responsabilidades*. La imitación, es irresponsable y el niño, al ejercitarla, pone en juego los complejos mecanismos de una ingenua irresponsabilidad.

El asunto está extensamente desarrollado en las obras de Piaget, Blumer y Koffka. Por lo pronto nos interesa sólo que la esfera del juego hace parte de una época, en que concurren asimismo en el marco de la conducta, la observación, la imitación y una muy segura y concreta intervención de la memoria.

La tercera infancia, de 7 a 12 años, una etapa de *ordenación*. El niño establece ya las bases del juicio comparativo y la actividad noética se encarrila sobre las bases de la lógica. Es la edad del *uso de razón* y el término es profundamente psicológico. Pues el niño, en verdad, hace *uso* de los elementos de razón adquiridos hasta entonces y los aprovecha. El mundo elemental y aislado de las premisas, formado por datos aislados de experiencias sensoriales, cenestésicas, afectivas y emocionales, adquiere un *valor preciso* en la mente infantil, y éste *ya es capaz de valorar*. La *conclusión*, que no es sino la síntesis de una serie de valoraciones conscientes, aparece y hace posible el pensamiento crítico. Las formas mágicas de percibir la realidad, inherentes a las primeras etapas del desenvolvimiento senso-perceptivo, no están tan estrechamente vinculadas a la emoción, y su paulatina independencia hace posible la visión de la realidad, como realidad y no como posible acontecer. Es la etapa, tan seriamente estudiada por Piaget, de la *previsión* y de la *explicación*. La previsión, “surge para Piaget, del conocimiento de las leyes, según las cua-

les se relacionan las cosas; la explicación, supone ya el conocimiento de las causas” (Barnes). Pero es evidente, que entre previsión y explicación existe una serie de problemas que la mentalidad infantil ha de resolver fundado en la experiencia. Los trabajos de Piaget han dado mucha luz al recinto conceptual de esta tercera infancia. “Durante un primer estadio —de 6 a 8 años— el niño es capaz de prever, pero aún se asombra de sus observaciones; en una tercera y última etapa —entre los 9 y 10 años aproximadamente—, llega a alcanzar una explicación general y correcta, en función de la cual, prevee los fenómenos con análoga corrección. Pero hay una segunda etapa intermedia —entre 8 y 9 años aproximadamente— que es la más merecedora de atención para Piaget, ya que en ella expone la explicación falsa de la primera etapa, y cómo se llega a la explicación correcta de la tercera. Tres conclusiones deriva Piaget del análisis de este período intermedio: 1ª Demuestra que hay dos planos diferentes en el pensamiento del niño comparables a dos capas geológicas superpuestas en un mismo terreno. El plano *verbal* es el más superficial y sobre él da el niño su explicación, es decir, refiere el hecho que observa, al conjunto de conceptos y relaciones lógicas que hay en su espíritu. En segundo lugar está el plano *motor* que es el más profundo, constituido por el conjunto de experiencias concretas registradas por el niño. Sobre él organiza sus previsiones; 2ª La contradicción característica de este segundo período muestra a Piaget que la acción se anticipa al pensamiento, porque aunque el niño permanece adherido a la explicación falsa de la etapa anterior, sólo lo está en el plano del pensamiento verbal, mientras que en el de la acción, mediante su experiencia, se va liberando de las ideas falsas y eso es lo que le permite lograr una correcta previsión; 3ª El pensamiento no consiste sino en adquirir la conciencia de los resultados obtenidos por la acción. El niño pasa de una etapa a otra, descubriendo la contradicción que hay entre lo que dice y lo que sabe, o sea, entre lo que sabe por su experiencia en el plano motor y lo que sabe en el plano de su pensamiento verbal” (Domingo Barnes). Y concluye Barnes: “Nos encontramos con una etapa inicial, en la que predomina la percepción espontánea sobre el elemento reflexivo, el cual en realidad nunca está ausente, pues ya en la más sencilla percepción encontramos los conceptos con que se opera, la experiencia previa con que se interpreta y la labor *unificadora de la*

conciencia que nos permite reunir todos los atributos en un objeto, el objeto percibido”.

ADOLESCENCIA Y PUBERTAD

La *adolescencia* (del lat. *adolescere*: crecer, ir en aumento) es la etapa de la vida comprendida —informalmente— entre los 12 y los 18 años. Se trata de un período vital excepcionalmente elástico, para el cual no existen normas cronológicas exactas. Entre nosotros y en general, en los países suramericanos no se ha hecho un estudio de las peculiaridades que indudablemente distingue nuestra adolescencia de la europea y en cuya configuración intervienen —a no dudarlo— múltiples factores raciales y climáticos (1).

Caracteriza a la adolescencia, su variedad y vastedad de transformaciones psíquicas y la fecunda inserción del *yo* en el medio ambiente. Epoca en la que se abre definitiva y violentamente, ante los ojos del joven, todo el inmenso panorama del mundo

(1) Willy Hellpach, en su *Geopsique*, trata a espacio el problema de las relaciones del hombre, el suelo, el clima y el paisaje. De su lectura se desprenden consideraciones interesantes, como que los climas sometidos al flujo y reflujo de las estaciones (europeos), parecen influir muy directamente el estado de ánimo del habitante, contrariamente al clima tropical o subtropical, cuya monotonía y estereotipia térmicas no provocan lo mismo. La “llamada crisis primaveral de los europeos”, caracterizada por una súbita reactivación de los procesos emocionales y neurovegetativos, contrasta singularmente con la calma, apacibilidad y adormecimiento de la vida cenestésica durante los inviernos. Hellpach, explica así la “crisis primaveral”: “La primavera se caracteriza por un aumento rapidísimo de luz, y el principio del verano, por un máximo de duración de luz. La primavera implica el alza más rápida del calor hasta llegar a unos grados determinados que todavía no son calor. Luz y calor son las dos grandes potencias de la naturaleza terrestre que despiertan la vida. La vida vegetal y animal se agosta y desmedra tanto más visiblemente cuanto más faltan estas potencias”. Y hablando de la influencia del paisaje sobre la psicología, escribe: “Se podrá decir acaso que la forma psico-social de la vida de la montaña lleva al aislamiento de sus poblaciones en esferas de acción limitadas y circunscritas, mientras las llanuras son más favorables a la confluencia y acumulación de grandes masas fluctuantes... Todo el mundo sabe que un contorno montañoso, incluso en el círculo más próximo, es punto menos que inagotable en multitud de formas poderosas, mientras que la llanura es siempre la misma y atrae ilimitadamente la mirada a la lejanía. Así, pues, la naturaleza como paisaje, es la que forma, en ciertas circunstancias, rasgos decisivos del ser, históricamente. La capacidad de reacción al paisaje es muy distinta en los hombres. No siempre se tiene conciencia de ello. La fuerza que tiene la naturaleza nueva para limpiar y purgar las graves penas de la vida, ya era muy conocida de antaño; los hijos de las familias pudientes eran enviados a *viajar mundo* para consolarse de un amor no correspondido. No sólo se trata de olvidar y sustituir, sino que además, se produce una transformación interior, los acentos valorativos se reparten de una manera distinta, y ante paisajes grandiosos o suaves, tranquilos, apacibles, mengua de tamaño lo que en la vida cotidiana parecía desmesurado, y lo eterno se opone más claramente a lo pasajero” (Hellpach). ¿El paisaje tropical tan soleado y polferomo, tan límite en ocasiones como las zonas del Valle del Cauca, de los Llanos, de la hoya del Magdalena, no influirá poderosamente en el sentir, ya no del adolescente, que se aferra a la naturaleza en sus raptos nostálgicos, sino del hombre formado y de las gentes, no está influyendo día a día en el acondicionamiento psíquico de nuestras juventudes? El efecto de la planicie sobre los designios del individuo ha disminuido mucho con la civilización. Hoy hay mucho **paisaje civilizado**, pero en las zonas en que aún reina el color salvaje y anárquico en su belleza pura y la extensión aún no prostituida por horizontes artificiales, el hombre y el paisaje constituyen todavía un binomio indestructible cuyos efectos se hacen sentir sobre todo en nuestra cultura política.

individual y del cosmos; en la que, suelto de las amarras infantiles que le hacían grata la pasajera realidad del juego y la caricia tutelar, penetra por propio impulso en el laberinto social en donde habrá de experimentar prontamente el aleteo sexual dentro del ámbito entreabierto —pero hirviente— de la pubertad. Época de definitivo equilibrio o de definitivas caídas, de intuiciones crueles y perdurables, o de calmosos y románticos oasis de conciencia; época en fin, en que la “soledad de dos en compañía”, está reemplazada por la compañía de la propia soledad, proyectada en la nostalgia de vivir.

Casi ningún escritor ha dejado de estampar en sus obras el reflejo inolvidable de esta época de transición; pero acaso ninguno, como San Agustín ha dejado tan suelta su sinceridad. El gran místico cristiano, habla así en sus “Confesiones” del paso de la puericia a la adolescencia: “Porque aun entonces, decía el santo de su puericia, tenía ser, vivía, sentía y cuidaba también de mi conservación (lo cual es como un rastro e indicio de aquella ocúltisima e imperceptible unidad que compone todas las cosas y de donde también yo procedía): guardaba con el sentido interior de mi alma, la integridad de mis sentidos externos, y me deleitaba con la verdad que descubría y hallaba aún en las cosas pequeñas y con los pensamientos que yo podía formar de tales cosas”. Y más luégo, en la edad tumultuosa: “En algún tiempo de mi adolescencia, deseaba ardientemente saciarme de estas cosas de acá abajo, y al modo que un árbol nuevo brota por todas partes espesas y frondosas ramas, yo también me entregué osadamente a varios y sombríos afectos y pasiones. . . .” (*Confesiones*). El símil es exacto. El “brotar por todas partes espesas y frondosas ramas, es lo que caracteriza a la adolescencia”, cuyos dominios vamos —someramente— a explorar.

“A la mentalidad plácida, unificada y vuelta a lo externo, propia de la pre-adolescencia, sigue un estado espiritual inquieto, analítico y caviloso. El sujeto no se basta ya a sí mismo: anhela una entrañable relación con el alma ajena. . . . Luchan la vitalidad y el espíritu, la realidad y la utopía, la sujeción y la libertad, el yo concreto y el yo ideal, el caos interior y la visión del orden y la jerarquía, la sed de comunión y la proclividad al aislamiento, la audacia y la timidez, el entusiasmo y la congoja”. (H. Delgado). En esta escala de vacilaciones, temores y desproporciones se mueve el adolescente. Mas sin embargo, todas estas

mezclas, antítesis y contrapropósitos, no se dan en el púber en un solo momento ni frente a una sola circunstancia. Este ser arrojado aquí y allá por causas y motivos que nacen de la propia persona, hace surgir en el alma del adolescente, como dice Spranger, “la impresión de que en el alma hay verdaderamente materia para todo”. Todas esas tendencias adolescentes, que lo hacen tambalear y lo zarandean constantemente en un perpetuo vaivén íntimo, se agrupan alrededor del “descubrimiento del yo” (Spranger). El joven iniciado en los nuevos ritos descubre de pronto que existe un *no-yo*, un *otro*, una multitud de *otros*, un cúmulo de *ellos* frente a los cuales, sin embargo, él mismo ha de manifestarse siempre con la misma personalidad. Enfrente del caledidoscopio humano, él está en el deber de ser el único ojo que mide el alcance de su perspectiva. Pero, la transición es demasiado brusca. Y así como antaño, en su niñez, buscara en los juegos de infancia un remedio de las realidades *adultas* y futuras, busca y encuentra en el espléndido jugar de la fantasía, un “puente entre el yo y todas las cosas y personas arrebatadas a él y las introduce de nuevo en su vida propia”. El mundo de la ensoñación fantástica se puebla de múltiples realidades. El saberse y creerse sólo repliega las fuerzas del adolescente y las centra en una infinita necesidad de compañía; pero no la busca en las gentes —a quienes teme— sino en las cosas; y entre las cosas que sacien su ansia de comprensión insatisfecha, busca algo bello pero estático, “algo que no sea ni persona ni gente”, pero que sea capaz de sugerirle la idea de que no está eternamente solo: y encuentra la naturaleza.

El hallazgo, el encuentro de la naturaleza por el adolescente, está lejos de ser una figura poética. Se trata de algo fundamental y vivo, que el joven *padece* intensamente e integra dentro de la estructura de sus vivencias páticas. La naturaleza significa para él, como el juego para el niño, un *derramamiento irresponsable* de la personalidad, dominada por las sensaciones difusamente estéticas. El adolescente es incapaz de comprender el arte —ni le importa— pero lo siente. No le interesan ni los motivos ni los valores estéticos de la naturaleza, como tales, ni los relaciona con una causa única y primigenia, sino que ella le significa un refugio de su sensibilidad desolada. Sacia así su hambre

de soledad, y en brazos de la madre Naturaleza esboza ligeras conductas de paganismo naturista (1).

La inserción del adolescente en la naturaleza tiene otros efectos fuera de los del placer de compañía irresponsable. La belleza inanimada de la natura y sus cosas, su facilidad de contemplación, la voluntad con que a diario acude a mirarla, hace nacer en el alma del púber secretas semillas de dominio. Frente al paisaje, el adolescente se siente incorporado a él, y al mismo tiempo poseedor de su belleza. El elemento humano surge en lontananza como un posible conquistador de estas cosas tan magníficas y el púber se siente atraído por lo heroico, y de éste al héroe y más luégo al drama y lo dramático. El arrebató heroico, reemplaza paulatinamente la tranquila sedosidad del paisaje, fuente inagotable de vivencias irresponsables (2), dentro de las cuales

(1) Don Miguel de Unamuno relata, con su magnífico estilo, en sus **Recuerdos de Niñez y de Juventud**, la fusión del adolescente con el paisaje: "Pocos gocees, escribe don Miguel, más serenos y más hondos, que el goce que por entonces me procuraba un paseo. Mientras el pecho se hincha de aire fresco y libre, adquiere el espíritu libertad, se desata de aquellos pensamientos y cuidados que, como áncoras le retienen y goza de una pasividad calmosa, en un aplauamiento lleno de vida, el desfilar de las sensaciones fugitivas. Se derrama por el campo, se refresca al contacto de la frescura de los follajes, se restriega en verdura. El pensamiento libre, yerra de una cosa en otra, se fija en lo que pasa, y pasa con ello, se identifica con lo fugitivo y sueña lo que ve.... Era una edad en que la mente no podía aún fijarse en el tremendo misterio del mal, de la muerte y del sentido; era una edad de frescura en que la imaginación se me dejaba brizar en la poesía exquisita de la vida de la santidad; era una edad en que aspiraba el perfume de la flor sin gustar el fruto. De perfumes se nutría mi alma. Era la edad en que, en medio de misterios, penetra el alma en la serenidad de la vida, y sólo se imagina a la muerte en remota lejanía, confundidos sus confines con los de la vida, como cuando bajo el cielo sereno, parece el mar continuarse en él".

(2) Al hablar de la **irresponsabilidad** de la adolescencia, no me refiero a una irresponsabilidad moral, sino a una irresponsabilidad estética. En otros términos, al adolescente "no le interesa ser responsable", no porque niegue los valores morales, sino porque no los considera en un plano de discriminación ética para ser aprobados o negados. Al adolescente no le interesa la moral, sino en cuanto los problemas lejanos del bien y del mal, existen en función de su estado íntimo de soledad y de abandono. Además, la coloración moral de su situación puberal, está colocada en un segundo plano frente a su estado de desconcierto y de ansiedad naturista, únicos que colman su desazón y le permiten vivir en un plano mixto de contemplación y de autoanálisis frente al mundo. Me parece, sin embargo que, el sexo femenino, vive más patéticamente este plano de **irresponsabilidad estética** y es más susceptible que el hombre, de prolongar más allá de los límites cronológicos, la **adolescencia**. Tal vez porque, como decía Otto Weininger, con su desenfrenado antifeminismo: "la mujer es sexual, pero el hombre es también sexual", tal vez por esto, el sexo débil esté fisiológicamente condicionado para la prolongación adolescente especialmente de su excitabilidad erótica. Asimismo, también me parece acertada, aunque cruel, la conclusión a que llega el suicida Weininger: "Para la mujer no existe el problema de la soledad y de la sociabilidad. La mujer no está nunca sola; no conoce el amor a la soledad, ni le teme: vive siempre en amalgama con todo lo que conoce". La vida de Isadora Duncan, tan magníficamente dominada por su erotismo danzarín —forma última del ritmo corporal— es una muestra palmaria de una **adolescencia** que se prolongó trágicamente hasta el día de su muerte. A la genial bailarina jamás le preocupó el problema moral, sino que vivía pendiente de la realización de sus impulsos eróticos, vueltos estéticos por gracia de su bella tenacidad. Sus numerosos amantes eran bellos físicamente reflejando el espíritu de la voluptuosa Isadora que quería ante todo belleza por todos lados. El caso de George Sand no es menos demostrativo. Tampoco le preocupó la moral: sacrificó la ingenuidad desoladora de Musset, en aras de su vanidad, es decir, en aras de su **irresponsabilidad estética**. La adolescencia femenina, su extraordinario erotismo immortalizado por Pierre Lyus, se muestra así, más **utilitarista**, **menos tímida**, **menos analítica**, que la adolescencia del varón. Aquella siente que es **más naturaleza**, **más epidermis estética** y que el mundo de las gentes debe de estar animado siempre de un **ánimo contemplativo hacia ella**. Se siente observada, y uno de sus deberes es justamente ese: ponerse siempre en condiciones de ser observada estéticamente por las gentes. Casi podría decir que la mujer se siente **paisaje**,

un complejo mundo de imágenes, desarróllase con riqueza y espontaneidad. “Se mece el joven, escribe Spranger, en el ensueño en que se figura ser un genio, un príncipe, un ser elegido. Huye gustosamente con el pensamiento, hacia países lejanos y antiguos tiempos, porque prestan escasa resistencia real. Poetiza a las personas que conoce. El romanticismo ha creado, para todo esto, un símbolo: la flor azul”.

El tránsito que hace el adolescente de lo épico hacia lo lírico traduce una disposición general muy amplia y una vasta y compleja configuración interna. El término que utiliza Spranger para este período, la *idealización*, me parece equívoco, comoquiera que, si bien es cierto, el adolescente fantasea, esto no quiere decir que todo lo reduce al plano de las ideas. Idealismo y Fantasía no son sinónimos. Por esta razón, el argumento que tiene Spranger para hacer de “la erótica la base de toda idealización”, me parece erróneo.

El adolescente es claramente un sujeto excepcionalmente erótico. Lo cual no quiere decir que sea sexual. Erótico y sexual son conceptos que, sin excluirse no son idénticos. “Una estructura de vivencias, escribe Spranger, tiene sentido estético, cuando sin apetencia de goce o posesión real y corporal, se funda en la unión psíquica (proyección sentimental) con un objeto intuitivo, ya sea dado como real, ya sea sólo imaginado. En todo goce estético tiene lugar una especie de *unio mystica*, entre lo psíquico subjetivo y la vida del objeto, en el cual, si el objeto mismo no puede considerarse como animado, *Realiter*, le presta algo de psíquico, mediante una proyección sentimental en su forma intuitiva”. Estos requisitos los llena a cabalidad el amor erótico de la adolescencia, sin que la sexualidad, en su forma física intervenga para nada, pues, como apunta el autor precitado: “...en el alma de ladolescente, la erótica y la sexualidad, están en un principio rigurosamente separadas para la conciencia (1). En vir-

cosmos, naturaleza viva, palpitante. El varón en cambio, siente su adolescencia, como algo más profundo, más hondo. Su posición ante el mundo no es de *pasaje*, sino de *artista*. Es él quien debe modelar los cuadros, analizar los colores, elaborar los bocetos. El varón se da cuenta de su prematuro papel de *productor*. Por eso, su adolescencia es más *responsable*. La prematura —aunque oscura— conciencia del deber en el varón, lo hace más ético que la hembra en esta etapa de la evolución vital.

(1) Thomas Mann en su *Joven José*, nos da el más bello ejemplo de esta *Unio Mystica* entre lo psíquico subjetivo y la vida del objeto. “La feliz armonía, escribe Mann, que ciertas formas suscitan en el corazón del hombre y que se llama objetivamente su belleza, se manifestaba respecto del primogénito de Raquel y revestía un carácter inviolable y sagrado. Gozaba José de tan grande encanto que muy pronto su gracia se hizo proverbial y su fama se extendió mucho por el país. Por un afortunado privilegio, esta belleza servía de envoltura a un elemento intelectual y a las artes que éste llevaba consigo: esa belleza los asimilaba y los devolvía señalados con su sello, el sello de la gracia, de suerte que entre la inteligencia y la belleza no existía oposición ni aun diferencia. La reunión de estas dos cualidades se realizaba en el plano de lo divino, de la luna...”

tud de esta separación, el adolescente desarrolla su actividad, más en el plano admirativo que en el sexual. De ahí que en la adolescencia, sea tan difícil trazar una línea francamente divisoria entre amistad y amor y que el adolescente comprenda aún muy incompletamente el alcance de una y otra relación. En cambio, es capaz, como en ninguna otra etapa de la vida, de admirar. Admira todo y en todo encuentra la proyección de su erotismo. Admira la belleza del cuerpo humano y no son raros los exóticos brotes de homosexualismo de *transición*; admira la eficacia (por incapacidad para ejercitarla) de los grandes conductores, políticos, poetas, místicos. Casi podría decirse que uno de los rasgos distintivos de la adolescencia es el admirar: en los demás y en sí mismo, encuentra a cada paso, inagotables fuentes de admiración, tras de las cuales su espíritu se va dócilmente, sin discriminación ética de bondad o de maldad. El adolescente es materia plástica para toda clase de semillas, buenas y malas. De ahí su importancia pedagógica.

La esfera erótica de la personalidad adolescente matiza sus actividades con un sello inconfundible. La dificultad con que se entrega a las gentes y la aureola de erotismo con que las adorna hacen surgir en él la timidez característica del colegial, de la colegiala, la cual no se muestra sino como una manifestación de *situación equívoca y azarosa ante el mundo, de vacilación, de duda y desconcierto* (1). Todo adolescente es orgulloso porque

(1) Spranger concede poca —casi ninguna— importancia al problema de la timidez adolescente. Se trata sin embargo de un fenómeno universal o casi universal y constante. Pero es un fenómeno natural dentro de la estructuración general de la personalidad. Con todo, el hecho de que tratadistas de la talla de Havelock Ellis no concedan mucho interés a este problema, así como el ya citado Spranger, y que en cambio en España, Marañón le haya dedicado un discutido y discutible volumen (Amiel), permite suponer que acaso en esto de la timidez pueda intervenir un factor racial aún no suficientemente estudiado. Mas prescindiendo de este factor, el fenómeno tímido aparece involucrado dentro del pudor y la vergüenza. Un común denominador fisiológico une estos tres estados y les asigna una raíz orgánica similar: el rubor. Pero a mi modo de ver, la *perspectiva* del accidente los diferencia substancialmente. Al paso que el pudor —tan fina y magistralmente estudiado por H. Ellis— es una *reacción de ocultamiento físico*, destinado a interpretar la reacción psíquica en contra de un asalto tácito o manifiesto sobre regiones pudendas, sin que exista la noción de *culpabilidad* y por ende sin que exista una coloración *moral*, la vergüenza traduce casi siempre un contenido *culposo de ocultamiento, tanto moral como físico de la personalidad*. El pudor es amoral; la vergüenza es moral. El pudor es un signo defensivo contra una *posible falta* o noción culposa de un hecho; la vergüenza es la traducción física de una falta cometida. La timidez no es ni lo uno ni lo otro. Y no me refiero a la timidez del adulto, tipo Amiel, que más que una timidez sexual como lo pretendió demostrar Marañón fue una timidez de eminente y esclarecido contenido moral, sino a la timidez adolescente. En ésta encontramos signos tanto de vergüenza como de pudor, pero ninguno en forma clara ni precisa. Podríamos decir en efecto, que la timidez es la manifestación de una *posible vergüenza* y que *traduciría la reacción de la personalidad contra un posible peligro*, y entonces tendríamos uno de los caracteres típicos de la timidez, cual es la de que *se trata de una reacción psicológica demasiado concreta enfrente de agresiones o peligros demasiado posibles*. La zona psicológica dentro de la cual se mueve el fenómeno tímido, se ve que es muy amplia en lo que se refiere a la *posibilidad de defensa o de rapidez de retrotraer la personalidad* en un determinado momento y hacia un determinado punto, que en todos los casos es el yo amenazado, pero así mismo vemos que esa zona es muy

halla dentro de sí mismo suficiente alimentación para su desorientación; se basta a sí mismo; su hostilidad característica para con los demás, que se traduce en forma de timidez, no es agresiva sino defensiva. Y esta hostilidad de defensa, de *no me toquen*, de *déjeme solo*, en la cual no es increíble una raíz miedosa ante el ambiente, permite la formación de la reacción tímida. Existe en este aspecto una evidente diferencia entre la timidez de los adolescentes varones y la de las mujeres (2).

estrecha en lo tocante a **riqueza de contenidos**, puesto que se trata siempre de las mismas reacciones con relación a los casi siempre mismos estímulos. Y es justamente esta antítesis, esta lucha entre **pobreza de contenidos psíquicos** y **riqueza, facilidad y rapidez de reacción psíquica** la que origina en la conciencia el desconcierto de **conducta** tan característico del fenómeno tímido una de cuyas manifestaciones más conocidas es la fuga. El tímido teme que se sorprenda *in fraganti* este hecho, y prefiere desaparecer de la escena. Existe, pues, una patente desproporción de fuerzas en la dirección general de los contenidos psíquicos, en el tímido. De un lado, una fuerza propulsora cual es la normal de la actuación social, etc., y del otro, una fuerza egocéntrica, retropulsora, aprehensiva, de reacción, cuya importancia para el adolescente tiende a opacar la de la primera. Esta última fuerza es asocial, ya que no anti-social. Propende al aislamiento y a la defensa. Todo tímido huye de la sociedad. El adolescente es a-social, mientras no se configure en su conciencia el plan general de su conducta y no logre su espíritu, el equilibrio entre **sociedad** y **persona** que llegará a la adultez. Si en esta edad ese equilibrio no está establecido el fenómeno tímido será implacable y rebelde.

(2) La timidez del varón adolescente y la de la hembra en el mismo período son distintas en su contenido como en sus proyecciones. Los contenidos de la timidez varonil son distintos en la fase pre-sexual y en la post-sexual. En la primera, el autoerotismo y los mecanismos que hemos visto en (1), estructuran una reacción tímida de desconcierto y de vacilación; en la segunda, pasada la primera experiencia sexual con todo su patetismo y todo el drama biológico del sumergimiento orgásmico, el contenido de la timidez varonil cambia: la noción de culpa y de falta, matiza y alimenta el dinamismo de las relaciones con el sexo opuesto, al que ya el adolescente no volverá a ver entre las neblinas estéticas de una amistad más o menos agradable, sino clavada por el subconsciente en los muros de una **posible posesión sexual**. El varón ha entrado en posesión de un **bien oculto** y piensa que la humanidad está poblada por innumerables **bienes ocultos** que puede conquistar. Hambreado y atenuado por la primera vivencia, el púber encuentra el **primer conflicto moral de su existencia** y en la luz de su conciencia se perfilan nítidamente las formas antinómicas del bien y del mal, de la culpa y de la inculpa, de la caída abismal o del resurgimiento patético. La zona del misterio sexual ha sido rota en forma violenta y el paisaje que se ofrece a sus ojos es completamente nuevo inexplorado, inmensamente vasto, como que en él, al lado de la grávida realidad social se ha levantado una forma nueva de conducta que ha de medir el alcance de sus impulsos instintivos sobre la métrica infalible de la ética. El varón comprende, en la noche tornasolada de la pubertad ejercitada, el origen del mundo, la caída del primer hombre y la intensa responsabilidad de padrear en el futuro con la libertad moral de sus más ahincados deseos. Su timidez ya es su moral y el comienzo de su libertad. En cambio, en la mujer, el fenómeno tímido está enmarcado diferentemente. La pubertad femenina normal, es la primera anunciación hormonal, el primer cataclismo de un folículo perdido, la primera sensación de su papel eminentemente social. La primera menstruación de la mujer es el primer eslabón de la memoria biológica que en adelante jamás la habrá de abandonar. Cada mes la mujer recordará su pubertad y cada mes, hasta su primera maternidad, recordará que aún es púber, que aún no ha llenado su cometido materno, que aún está en la máxima prueba de su efectividad social, de su razón de existir. Su púber timidez no tiene el aspecto eminentemente **moral** que caracteriza la del varón, puesto que la menstruación no es un fenómeno ético; es una timidez social, el súbito descubrimiento de su porvenir. La timidez de la hembra es una timidez de **espera**, de **vaga y difusa entrega por llegar**. Se siente sometida al destino de la especie pero no sabe quién habrá de llevarse las primicias narcicistas de su urna sexual; y la oscura noción de que algún día habrá de entregarlas, y el no saber a quién, ni cómo, la torna desconfiada y temerosa. Su timidez es defensiva porque es una timidez social. La mujer se siente que **no se pertenece toda a sí misma**, y este convencimiento íntimo la hace un ser eminentemente social. El tener que pertenecer a alguien algún día la hace que jamás —hasta entonces— se sienta segura y que busque afanosamente esa seguridad. Y la busca, esperando o saliendo al mundo hasta que la primera vivencia sexual la **convenga moralmente** de que estaba destinada para la inmortalidad gravídica o —cuántas lo habrán llorado— para la caricia remunerada, lejos del abrigo social, en el eterno invierno del orgasmo solitario, acompañada tan sólo por el hombre transitorio que busca él también la fugaz compañía. ¡La caída de Eva fue acaso el comienzo de la moral femenina!

Dentro de ese cuadro que hemos descrito, cuyo marco está esencialmente constituido por el erotismo, la admiración, la timidez, la irresponsabilidad estética, el pseudo-romanticismo y la agitación solitaria del ánimo, aparece, dramáticamente el despertar del sexo. Más importante *prácticamente* en el hombre que en la mujer, la primera experiencia sexual, es así mismo más *irresponsable* en el varón que en la hembra. En aquél, el penetrar al oculto misterio del sexo, deformado por los relatos incitantes de los amigos, por las lecturas clandestinas, por la atormentada curiosidad, azuzada por la fantasía y por un oscuro temor, tiene un profundo significado individual.

En ésta, la primera experiencia es definitiva para alejarla, o por el contrario, insertarla en el seno social. Las dos situaciones, la varonil y la mujeril, se configuran poco a poco en la conciencia individual y tras largo respiro se unen lo erótico y lo sexual, dando así forma adulta al comportamiento instintivo y a la conducta. La crisis puberal, tanto en el hombre como en la mujer, tiene un significado prospectivo muy vasto en el conjunto de la personalidad. De su orientación normal depende, en efecto, una gran parte de la conducta social de uno y de otro. Recuérdese la tremenda conmoción que sufriera León Tolstoy cuando —aún niño— abriera por vez primera el cortinaje sexual, en una forma violentamente hiriente para su ánimo y sus costumbres. Recuérdese asimismo cómo Rousseau recordaba sus vehementes épocas de onanismo puberal, origen acaso de su torcido *esprit d'escalier* que tanto lo ruborizara frente a la sonrisa fría e implacable de Voltaire. Recuérdese el episodio, pintado sangrientamente por James Joyce, de la pubertad de su Stéphan Dédalus, su *artista adolescente*. Recordemos al *Discípulo* de Borget y tantos otros similares literarios, en los que salta a la vista la tremenda realidad psicológica de la adolescencia, a la que Aníbal Ponce ha dedicado estudios brillantísimos fundados en la *ambición* y en la *angustia* puberales, gérmenes de suicidios prematuros.

No he considerado oportuno el tratar aquí de las tesis de Freud, con relación a los temas sexuales de la adolescencia y de la pubertad. A pesar de que el sistema psicológico del pensador vienés es imprescindible al hablar de estos problemas, me parece que el conjunto general de sus teorías desvirtúa bastante la esencia misma del fenómeno puberal haciéndolo aparecer solamente como un epifenómeno dentro de la mecánica bastante artificial

de *traumas* y *complejos*. Por otra parte, dado que Freud dedicó su labor a la solución de problemas de psicopatología, no es el caso insertar consideraciones de esa índole en estos apartes que analizan únicamente la evolución de la personalidad normal.

JUVENTUD Y EDAD ADULTA

No existen fronteras cronológicas para la juventud ni para la adultez, las que se unen inextricablemente en el curso general de su evolución. Juventud y adultez son acontecimientos personales para tratar de localizarlos en un tiempo convencional. Cada uno tiene su propio ritmo interior de vida y cada uno hace a su manera y según los designios de su biología su propia juventud y su propia madurez. Mas, si no puede serles asignada una fisonomía estrictamente temporal, sí tienen en cambio peculiaridades psicológicas inconfundibles. Teóricamente, la juventud comenzaría a los 25 años y se fusionaría paulatinamente con la edad adulta, y ésta con la madura hasta la edad aproximada de 55 años. Los límites, como he anotado, son infinitamente variables y elásticos. En los países anglosajones, el límite juvenil es más desbordante y amplio, así como más tardía la aparición de la senectud. Oigamos a H. Delgado: “El largo período de la edad adulta comienza entre los 20 y los 24 años, y a menudo con una crisis que Schmeing llama la pubertad del adulto, acompañada incluso de cambios somáticos (como la aparición de las muecas del juicio). La personalidad del adulto ya no tiene el carácter preparatorio ni de metamorfosis de transición. Sin embargo, en su transcurso se operan cambios evolutivos cuya esencia es el llevar a la personalidad a su plena forma diferenciada. Charlotte Bumler divide la vida del adulto en tres fases: la primera, que se puede identificar con la primera pubertad de Schmeing, es una etapa de expansión del carácter que el sujeto vive más o menos implícitamente, como ensayo, como *actividad no especificada que se ejercita sobre el material vital*, sin la calidad de la determinación definitiva del propio modo de ser. La segunda fase es *la especificación de la intención vital*, corresponde al apogeo de la personalidad, su estilo es el definitivo —como la concepción del mundo que se abraza—, la eficiencia de la voluntad es óptima, con los mejores esfuerzos de rendimiento práctico: es la época de los frutos. La actividad eficaz frente a los hombres

y las cosas predomina sobre el perfeccionamiento intrínseco. Este se logra, en las naturalezas con capacidad para ello, en la última fase de *objetivación* que en castellano tiene el apropiado nombre de edad madura, pues durante ella el hombre equilibrado puede alcanzar la más alta espiritualidad unida a la mayor cordura: la sazón. Entonces persiste la actividad fructífera, pese a los renunciamentos que impone el destino, pero dominada y trascendida por el máximum de rigor, disciplina y perfección formal de que es capaz el sujeto, con las pasiones templadas y el propósito vigilante de servirse de su experiencia de la vida y del dominio logrado en las tareas de su preferencia para elevar los quilates del ser íntimo” (Delgado).

Epoca de realizaciones logradas y de proyecciones maduras, la edad adulta normal recibe en su realidad, la fuerza evolutiva de la infancia, la pubertad y la juventud. La madurez íntima que se logra por virtud de la comparación y confrontación de múltiples experiencias lleva así profundamente incrustada la pasada estela vital cuya resonancia interna y externa son fruto de más de la mitad de la vida. La capacidad de concentración y de abstracción, la fuerza y cohesión de los propósitos, la sostenida virtud de producir y de conducir son el reflejo del equilibrio interno obtenido en brava lucha al través de los más abigarrados campos de la emoción, la idea o el instinto. Carácter y temperamento marchan al unísono y sin discrepar a lo largo de las intenciones y de los anhelos, y toda la forma de la sana adultez está rodeada de un completo y franco deseo de vivir.

Con el correr necesario de los días, el organismo coherente del adulto sufre en las cercanías de los cincuenta años, tanto en el hombre como en la mujer, la segunda embestida crítica de la biología y de la mente: el climaterio.

EL CLIMATERIO

Preludio del ocaso irremediable, la época climatérica es asiento de tumultuosa lucha biológica y psíquica cuyas proyecciones sociales aumentan su importancia. Aun cuando últimamente se tiende a admitir un climaterio varonil, no cabe duda que es el femenino el más típico y el más rico en sintomatología somática y mental. Asimismo, su aparición tiene una mayor precisión cronológica que en el hombre, cuya función genitora, al revés de

lo que sucede en la mujer, puede prolongarse hasta ya entrada en la vejez. La extinción sexual del varón es mucho más lenta, menos súbita y sobre todo menos definitiva que en la hembra. Esta última siente la muerte de su más cara glándula, cuando ya sus encantos físicos han mermado, quemados en aras de la maternidad o inútilmente agostados en una forzosa y forzada virginidad. Socialmente, la mujer se siente aislada en una semi-forme sombra de vida y de muerte. El hombre, en cambio, ya extinguido testicularmente, tiene aún el incentivo patológico del exhibicionismo senil en cuya desfachatez y osadía espera encontrar algún eco para su ya inútil angustia sexual. Los dos climaterios son, pues, fundamentalmente distintos, y cabe dudar de la existencia de uno varonil, como más adelante lo explicaremos.

Confúndense con alguna frecuencia, las nociones de menopausia y de climaterio y vale la pena aclararlas: “Menopausia, escribe Marañón, es un fenómeno aislado, la cesación fisiológica del flujo menstrual. Edad crítica o climaterio es un período de la vida, caracterizado en los dos sexos, por un conjunto complejo de fenómenos circulatorios y nerviosos, cuyo accidente central es precisamente esa cesación menstrual en la mujer”. Desde el punto de vista psicológico —no aislable de ninguna manera del fisiológico, descrito en tratados de ginecología— la mentalidad femenina sufre una crisis que no se limita ni mucho menos a la agonía del ovario, sino que se prolonga mucho más lejos y abarca muchas más actividades biológicas y psíquicas. “En esta fiesta última de las glándulas, escribíamos en alguna ocasión, todo y todas participan, en agolpada tropelía disharmónica. El vibrante organismo femenino, herido en su continuidad biológica, hace surgir a la superficie un abundante surtidor de síntomas: desde el insomnio hasta el letargo, la escala de resonancias neurovegetativas hace sentir sus ruidos antaño velados, en el ámbito químico de los tejidos. La sexualidad recién avivada por el escalpelo de la muerte fisiológica, y antaño encauzada hacia la tranquila reproducción a hacia las eréctiles corolas del paganismo sensual, grita en las mallas de la agonía, y el eco de su próxima a extinguirse se proyecta en la forma de una suave melancolía o en la más elegante de una tímida tristeza. El tardío romanticismo del climaterio, el amor desprovisto de apetitos pero que no quiere ser amistad, recogen en su regazo el hálito de una pasión que jamás habrá de volver. Todo es despedida y nada

es encuentro en el sombrío naufragio del ovario” Si en la pubertad la mujer entrevió su papel social y dentro de él —mal o bien logrado— desarrolláronse sus deseos, cortejados siempre por la infalible razón de su papel materno, el climaterio y la menopausia cierran de un tajo la escena libre y fecunda y tras el telón fatalista de los cuarenta y cinco años contempla nostálgicamente su pasado. Las melancolías del climaterio, son hasta cierto punto melancolías *reaccionales*, depresiones lógicas frente a un destino inexorable. La personalidad femenina, tan sensible a los estímulos y al ambiente, es más sensible aún a este estímulo negativo de desaparecer como elemento propulsor de la especie humana dentro del cual ve asimismo desaparecer el amor y las realidades somáticas del sexo. La perspectiva del vivir, se circunscribe a la perspectiva monótona de durar y perdurar. Sobre este cuadro psicológico de despedida y de adiós, injértanse múltiples disturbios psicopáticos que van desde los cuadros paranoideos hasta las crisis pitiáticas, las crisis delirantes agudas y transitorias, las epilepsias sintomáticas, las hipomanías. Tánta es la influencia que la partida de la función menstrual tiene sobre la mujer como elemento social y como individuo biológico.”

Sucede igual cosa en el hombre? Es igual la tristeza femenina a lo que se ha denominado el *climaterio masculino*? No lo creo. Gregorio Marañón ha descrito —con su acostumbrada maestría— un cuadro bastante atenuado del *climaterio masculino*, puesto que él mismo admite que “. . . la insuficiencia testicular, hecho central del climaterio del hombre, se produce, por de pronto, de un modo mucho más lento y más tardío que la insuficiencia ovárica”. Pero no es sólo la languidez cronológica del apagamiento testicular lo que diferencia los dos climaterios, sino también la casi falta absoluta de eco hormonal en los demás territorios glandulares. Marañón lo reconoce expresamente. De tal suerte que si el substrato mismo del climaterio es dudoso en cuanto a la precisión de sus mecanismos y sobre todo en cuanto a la fijez como aparecen, es dable presumir que el climaterio del varón tiene una muy deleznable base clínica. Y no es sino natural. En la mujer, la actividad sexual constituye el centro y el epicentro de sus actividades. El hombre puede prescindir de ella, sin menoscabo de sus ejecutorias sociales o personales. Aquí tiene cabal aplicación la cruel y aguda frase de Otto Weininger: “La mujer es sexual, pero el hombre *es también sexual*”. La tris-

teza sexual del varón tiene otro significado psíquico, si es que ella aparece, lo cual no es la regla. Para volverse un triste sexual y englobar en la tristeza todo un futuro sistema peyorativo de vida, hay que haber sido vitalmente sexual. Un Casanova, un Brumels, pudieron haber sentido en sus carnes insaciadas de donjuanes, el mordisco del ocaso testicular. Pero no todos los hombres tienen la mentalidad de Casanova ni de Brumels. La mayoría de los varones no centran sus anhelos en escarceos de conquista heterosexual. Todo lo contrario. Es la excepción. Y por excepcional, Don Juan ha pasado a la leyenda como un casi típico de extravagancia y de excentricidad. Los signos patológicos que se observan en la llamada *edad crítica* del hombre son de varia clase y de naturaleza polimorfa. Desde la impaciencia, la irritabilidad, las depresiones pseudo-melancólicas, hasta las crisis exhibicionistas o los bruscos cambios de la conducta moral. Mas todo esto está lejos de ser la expresión de la languidez sexual y es más sensato hablar de una reacción general de la conducta y del carácter enfrente de la agonía progresiva de la personalidad. Además, la tristeza *climatérica* del varón, tan esencialmente distinta de la de la mujer, está mejor en la sintomatología de los cuadros preseniles de los que, en ocasiones, es seguro presagio.

LA SENECTUD

“No hay que temer a las arrugas del rostro sino a las del cerebro”, escribió Ramón y Cajal. La senectud, como las otras etapas de la vida, es absolutamente personal. Convergen hacia ella, todas las pasadas experiencias que la vida haya dejado en el individuo. La vejez es un arte, se ha dicho. En realidad es la última época de la vida, la que permite al sujeto una reconstrucción global de sus hechos, y el balance de sus acciones pesa enormemente en el platillo del ya escaso horizonte vital. La mentalidad de un viejo no es indefectiblemente una mentalidad derrumbada ni derruida. Vejez no quiere decir decrepitud ni mucho menos demencia. La senectud de Bismark, la de Pío XII, la de Ramón y Cajal, la de Leonardo, fueron senectudes brillantes, lúcidas, robustas que no mostraron a sus contemporáneos las tristes señales de un ocaso demencial. La senectud de Goethe, al lado de Evkermann, es otro magnífico ejemplo de mentalidad desconcertantemente fuerte hasta el postrer instante de su esplendor. Y así con muchas.

Caracteriza a la senectud, objetivamente la contemplación de un reducido horizonte perspectivo y subjetivamente una tendencia hacia la visión interior retrospectiva. “El viejo vive de sus recuredos”, dicen las gentes con afortunada razón. Nada hay más cierto. La naturaleza humana misma le permite al senecto esta excepcional presencia de su vida pretérita, dejándole intactos los mecanismos de la memoria remota o de evocación y amputándole en cambio aquellos de la memoria próxima o de fijación. Por singulares designios inscritos en la psiquis humana, el viejo no muestra interés por el presente y vive en su intimidad, la forforescencia multiforme de sus épocas de infancia y de juventud. Vive *hacia atrás* y piensa *hacia atrás*. La orientación general de su personalidad, salvo casos excepcionales, es asimismo retrógrada y retroactiva. “Cualquier tiempo pasado fue mejor”, acostumbran decir evocando al poeta. Es la época de las *Memoorias*, así como la adolescencia fue la de los *Diarios*. Es también el período de la reconstrucción de la obra, de una síntesis última de las consecuencias que su propia actividad ha impreso en el espíritu. La melancolía de los viejos no es una regla. Sólo envejecen melancólicamente aquellos que han tenido agitaciones desorbitadas de la moral. La melancolía, cuando no es sintomática de una demencia senil, casi siempre es una melancolía lógica, responsable y consciente de su propio estado.

La edad senil no acarrea fatalmente una desintegración de la personalidad sino en cerebros vejados por intoxicaciones o enfermedades crónicas o debilitados por taras. Un cerebro incrustado en un individuo cuya vida haya obedecido a normas de rectitud biológicas y psicológicas —hoy tan escasas—, rara vez conoce los abismos de la decrepitud, y por el contrario, la vejez le ofrece la única oportunidad de reconstruir el curso de sus ideales y el alcance que ellos han tenido. No en vano es el viejo tan buen amigo del niño y no en vano se buscan y encuentran con tan frecuente atracción. El uno ve en el otro infinitas perspectivas de infinitas posibilidades, el uno encuentra en el otro el eco de lo que ha conocido, o la promesa de lo que va a conocer. La soledad del viejo tan dramáticamente dibujada en propia carne por Juan Jacobo Rousseau (1), acaso sea necesaria para la autoscopia psíquica, trasunto de la autoscopia moral.

(1) En sus *Reveries d'un promeneur solitaire*, Rousseau describe con una profunda melancolía de psicópata, su desfallecimiento mental: “Héme aquí, escribe el filósofo, solitario en la tierra, sin hermano, ni prójimo, ni amigo, sin más sociedad que la mía misma. El más sociable y el más amante de los humanos, ha

El retorno del viejo hacia la naturaleza, tan advertida por Ramón y Cajal y tan bellamente elogiada por Goethe, es asimismo una revivencia de su pasado estetismo juvenil y adolescente. Vuelve el anciano a las fuentes psicológicas de la contemplación estética y la naturaleza le ofrece albergue para su serenidad cavilosa. Pero ya todo lo ve coloreado por diferentes cromos afectivos. Lejos de considerar el refugio natural como una proyección del auto-erotismo juvenil, considera las cosas como ya pasadas por los filtros de la experiencia y ya templadas en el crisol de pretéritas vivencias. Entonces, un nuevo mecanismo psicológico permite al viejo una *valoración senecta* del mundo, las cosas y las gentes. La *valoración emotiva*. Las más altas capas de su personalidad han perdido gran parte de su fuerza constructora y productora y se han agotado en el transcurso de la vida en obras varias. La vejez vuelve nuevamente —por fatiga vital— hacia uno de los substratos básicos de la individualidad, aquel que ha servido de motor a las situaciones más nítidas y más intensas de la vida: la emoción. Y tórñase el viejo, vibrante ante el menor estímulo. El goce intenso o el dolor fácil y profundo conforman el supremo esfuerzo de su mente. *Memoria y emoción* constituyen su más característico sistema de valorar y en ellos encuadra todo cuanto aún le es permitido sentir. Una verdadera *memoria emotiva* y una *emoción memorativa* se apoderan de los caudales psíquicos del senecto, quien encuentra en el relato y en el cuento la forma más apetecida de expresarse y de expresar sus deseos. “El hombre, escribió Séneca, no cae súbitamente en la muerte: avanza hacia ella, paso a paso. Morimos cada día, puesto que cada día nos quita parte de nuestra vida, y nuestro propio crecer no es sino un paulatino decrecer vital. No es la caída de la última gota, sino el derramamiento de muchas anteriores, lo que vacía una clepsidra: de la misma manera, el día en que cesamos de vivir no es por sí solo la muerte sino su consumación; se ha llegado al término pero ya estábamos en el camino. Hay más de una muerte y aquella que nos lleva definitivamente, no es sino la última. . . .”

El genio magnífico de Leonardo de Vinci (fig. 1) logró en las postrimerías de su vida dejarnos un recuerdo de su majestuo-

sido proserito por unánime acuerdo. Todos han buscado en los refinamientos de su odio, el tormento que fuese más cruel a mi alma sensible y han roto violentamente todo vínculo que me atara a ellos. Habría amado a los hombres a pesar de ellos mismos, y a pesar de todo han logrado que los deje de estimar. Hélos ahí desconocidos y extraños para mí, puesto que lo han querido. Pero yo mismo, desprendido de todo y de todos, qué soy?”

sa senilidad. Algo de cada ser humano que se extingue hay en esta estampa: la abundante canicie enmarca torrencialmente un rostro en que cada rasgo ya se ha vuelto flácido pero en el que vibra el aliento de una fecundidad violenta. Los ojos de Leonardo, acunados por el tiempo en cojinetes fatigados y dóciles, ya no le pertenecen al mundo del presente y parecen escrutar la posteridad. La mirada firmemente triste, es opaca pero fulge interiormente en adivinada chispa de resignación heroica. La boca apretada en orgulloso gesto de desdén contrasta con el fruncido ceño entre cuya arrugada y penetrante profundidad se mueve libremente la serenidad ante todo y ante todos. Es la más acabada estampa de la senectud firme, resuelta e invicta. Del rostro leonardino parece desprenderse algo de temible y de terrible que su genio renacentista logró en forma insuperable: la temible autoridad de la senectud. La disciplina, el dominio interior, aureolan la eximia calvicie, y el dombo orbitario parece no aceptar sino los dictados de la propia memoria, del propio recuerdo y de la propia experiencia. Rígida y marmórea, la senectud del artista es asimismo la senectud del ser humano y acaso esto mismo se propusiera, con propósito que jamás ha superado ningún otro esteta del lienzo. La fuerza íntima del dibujo traduce la fuerza íntima del ser humano que ya ha recogido las velas, y se prepara —tensamente— para el último impulso.

DINAMICA GENERAL DE LA EVOLUCION PSIQUICA

Los términos *infancia, adolescencia, juventud, edad madura y senectud*, consagrados por el uso, no presuponen una detención fundamental en el desarrollo del individuo, ni altibajos o flaqueamientos en la adquisición de nuevos propósitos. Pues lo cierto es que, cada una de las etapas de nuestra vida, no se detiene a contemplar la pasada ni a presagiar la futura, sino que en su destino evolutivo lleva dentro de sí todo lo pasado y las futuras posibilidades de ese mismo pretérito. “La vida, escribió Bergson, es una exigencia de crear”. En la infancia creamos a nuestra semejante imagen un mundo concreto y palpable que más tarde en las riberas de la adolescencia, se desvanece en un nuevo mundo irreal de fantasía e idealismo; y este mismo mundo penetra poco a poco dentro del ambiente, configurando nuestra propia visión de las cosas; creamos modos constantes de vivencia y de

experiencia que jamás desaparecen sino que toman otros colores y se visten de otras apariencias. Creamos en la senectud la propia forma de nuestra soledad o de nuestra compañía y toda la corriente de nuestra vida no hace sino aclararse progresivamente con nuevas iluminaciones de razón y con nuevas pruebas de experiencia. El constante flujo jamás se detiene, jamás es monótono, jamás es estático. Sólo la locura o la muerte atajan la increíble realidad de la fuerza vital, el hondo impulso prospectivo, la indestructible claridad de la razón que perfecciona sus mecanismos a medida que el tiempo martillea. Nuestra acción, es apenas la forma de nuestras ideas; nuestros sentimientos traducen apenas los reductos socializados de nuestras emociones; nuestra voluntad se proyecta apenas sobre nuestra conducta para modelarla al compás de nuestros anhelos; nuestras tristezas son apenas reflejos de nuestro resentimiento, y quién no diría que nuestras más vivas alegrías no son sino el estallido de nuestra más cara verdad. Pero todo esto, está enhebrado sutil o violentamente alrededor de nuestro propio yo. A él se acomoda todo y todo debe someterse a la inmodificable originalidad de uno mismo. Desde la infancia hasta la vejez, no hacemos más que procurar que las realidades se acomoden a nuestra propia realidad. La lucha del hombre es una lucha de acomodar y de adaptar. Los triunfos son éxitos de adaptación; los fracasos y las realidades son derrotas de nuestra capacidad de creer y de crear. En dondequiera que hay un hombre está allí mismo una lucha entre lo real y lo imaginado, entre la voluntad y el temperamento, entre el ambiente y la persona: y sea niño, joven o anciano, el mundo es invariable y sólo cambia por los designios apacibles o atormentados del yo. Ninguna solución de continuidad separa el camino que conduce al niño hasta su propia vejez. Sólo los objetos adquieren nuevos valores a medida que mejor los conocemos o menos los valoramos. Asistimos y tomamos parte todos los días, desde el nacer hasta el morir, a la sin cesar renovada síntesis del conocimiento y de la inteligencia. Sufrimos a veces de espejismos sentimentales, afectivos o racionales, cuyo brillo puede cegarnos hasta impedirnos mirar el horizonte. No por esto seremos menos niños o más ancianos. Pero es una nueva *exigencia de creación*. Y en superar los espejismos está el secreto de conocer los desiertos.

Ningún pensador ha igualado a Henri Bergson en la profunda originalidad de sus conceptos sobre la vida y la inteligencia humanas. Oigámoslo para dar fin a estas consideraciones: “La aparente discontinuidad de nuestra vida psicológica se debe a que nuestra atención se fija en ella por una serie de actos discontinuos: donde no existe sino una suave pendiente, creemos percibir, siguiendo la línea quebrada de nuestra atención, los peldaños de una escalera. Es verdad que nuestra vida mental está llena de imprevistos. Mil accidentes surgen que parecen discrepar de los anteriores y no relacionarse con los que le siguen. Pero la discontinuidad de su aparición se destaca sobre la continuidad de un fondo en el que se dibujan y al cual deben los intervalos que los separan: son los golpes del tímpano que estallan de vez en cuando en una sinfonía. Sobre ellos se fija nuestra atención, porque le interesan más, pero cada uno de ellos está incrustado dentro de la masa fluída de nuestra total existencia psicológica. Cada uno de ellos no es sino el punto mejor iluminado de una zona móvil que comprende todo cuanto pensamos, creemos, sentimos, todo cuanto somos, en fin, en un momento dado. . . . Y así, nuestra personalidad crece, agrándase y madura sin cesar. Cada uno de sus momentos es algo nuevo que se agrega al anterior. Y aún más: no es sólo algo nuevo sino algo imprevisto. Sin duda, mi estado actual se explica por lo que estaba en mí y por lo que obraba sobre mí hace un momento. No encontraría más elementos si los analizase. Pero ninguna inteligencia, aun sobrehumana, no hubiera podido preveer la forma simple, indivisible que dio a estos elementos abstractos, su organización concreta. Pues, preveer *consiste en proyectar en el futuro lo que se ha percibido en el pasado, o en representarse para más tarde un nuevo conjunto, en otro orden, de elementos ya percibidos*. Pensamos con algo de nuestro pasado, pero es con todo nuestro pasado como deseamos, queremos y obramos. . . .” (Henri Bergson. *L'Evolution créatrice*).

BIBLIOGRAFIA

- Koffka.** "Bases de la Evolución Psíquica". Espasa-Calpe. Argentina, 1941.
- Emilio Mira y López.** "Psicología Evolutiva del Niño y del Adolescente". Edit. Ruiz. Rosario, Argentina. 1941.
- Gaupp, R.** "Psicología del Niño". Edit. Labor. 1936.
- Henri Bergson.** "L'Evolution Créatrice". Alcán. 1937. París.
- Domingo Barnes.** "El Desarrollo del Niño". Labor. 1933.
- H. Werner.** "Psicología Evolutiva". Salvat. Barcelona, 1936.
- Ch. Bailly.** "El Lenguaje y la Vida". Losada, 1941. Buenos Aires.
- J. Lhermitte.** "Langage et mouvement". L'Encéphale, XXXIII, 1, 1-26. Enero. 1938.
- H. Delacroix.** "Le langage et la pensée". Alcán. 1930. París.
- J. Buytendijk.** "El Juego y su Significado". Edit. Rev. Occidente. 1935. Madrid.
- J. Huitzinga.** "Homo Ludens". Edit. Fondo Cultura Económica. México. 1943.
- Hellpach, W.** "Geopsique". Espasa-Calpe. Madrid. 1940.
- Honorio Delgado.** "La Personalidad y el Carácter". Edit. Lumen. Lima, Perú. 1943.
- Miguel de Unamuno.** "Recuerdos de Niñez y Mocedad". Espasa-Calpe. Argentina.
- Spranger.** "Psicología de la Edad Juvenil". Morata. 1936. Madrid.
- Otto Weininger.** "Sexo y Carácter". Losada. Buenos Aires. 1942.
- Thomas Mann.** "El Joven José". Ercilla. Santiago de Chile. 1938.
- Gregorio Marañón.** "Amiel". (Un estudio sobre la timidez). Espasa-Calpe. Argentina. 1944.
- Gregorio Marañón.** "La Edad Crítica". Edit. Ruiz Hnos. Madrid. 1925.
- Gregorio Marañón.** "El Climaterio de la Mujer y del Hombre". Espasa-Calpe. Madrid. 1937.
- Havelock Ellis.** "Tratado de Psicología Sexual". Tomo II. (La Evolución del Pudor). Edit. Reus. Madrid. 1913.
- Aníbal Ponce.** "Ambición y Angustia de los Adolescentes". Edit. El Ateneo. Buenos Aires. 1940.
- Aníbal Ponce.** "Diario Intimo de una Adolescente". Edit. El Ateneo. Buenos Aires. 1939.
- Luis Jaime Sánchez.** "Grandezas y Miserias de las Glándulas de Secreción Interna". An. Neuropsiq. Tomo II, N° 7. 1944.
- Ramón y Cajal.** "El mundo visto a los ochenta años". Espasa-Calpe. Argentina. 1938.
- A. Lacassagne.** "La verte vieillesse". Edit. Rey-Lyon. 1921.
- J. J. Rousseau.** "Les reveries d'un promeneur solitaire". Garnier. París.